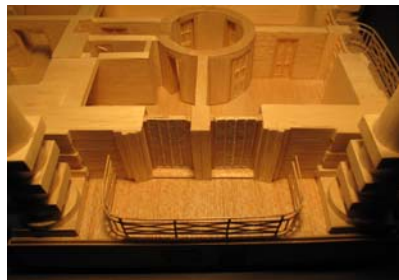




ARQUITECTURA y MEMORIA

31 de agosto de 2009 - Buenos Aires, Argentina



Memoria Abierta fue creada en el año 2000 con el objetivo de trabajar por una memoria social que incida en la cultura política argentina, contribuyendo a la construcción de identidad y a la consolidación de la convivencia democrática.

Memoria Abierta reúne, preserva, organiza y difunde el acervo documental de organizaciones de Derechos Humanos y de otros archivos personales e institucionales vinculados al terrorismo de Estado. Produce testimonios sobre la vida social y política de los años 60 y 70 y trabaja sobre la memoria territorial y espacial del período de violencia política en la Argentina.

Desde una preocupación central por la transmisión de la memoria y para facilitar el acceso a estos documentos, Memoria Abierta desarrolla herramientas educativas, compone textos y materiales audiovisuales y crea exhibiciones que ofrecen representaciones de lo ocurrido en el pasado estableciendo conexiones con hechos y situaciones del presente.

Nuestra metodología de trabajo privilegia las alianzas con grupos y organizaciones de la sociedad civil y con el Estado para fortalecer y crear espacios de debate y reflexión. Participamos de la Coalición Internacional de Sitios de Conciencia junto a otras instituciones de la región y del mundo que trabajan para prevenir toda forma de autoritarismo.



Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH)
Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS)
Comisión de Homenaje a las Víctimas de Vesubio y Protobanco
Fundación Memoria Histórica y Social Argentina
Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora
Servicio Paz y Justicia (SERPAJ)

www.memoriaabierta.org.ar

Av. Corrientes 2560 2ºE (C1046AAQ) | Buenos Aires - Argentina | Tel/Fax: (54-11) 4951-3559 / 4870

Jornada
Arquitectura y Memoria
Buenos Aires, Argentina.

Índice

Introducción.....	5
 Memoria y Ciudad: la transformación de espacios urbanos	
<i>Pablo Sztulwark.....</i>	<i>11</i>
<i>Adrián Gorelik.....</i>	<i>16</i>
<i>Gonzalo Cáceres Quiero.....</i>	<i>24</i>
<i>Preguntas del público.....</i>	<i>34</i>
 Monumentos: una forma de memorialización en la ciudad	
<i>Gustavo Nielsen:</i>	
<i>Monumento a la memoria de las víctimas del Holocausto judío.....</i>	<i>38</i>
<i>Alberto Varas:</i>	
<i>Monumento la las Víctimas del terrorismo de Estado en la Parque de la Memoria.....</i>	<i>41</i>
<i>Preguntas del público.....</i>	<i>46</i>
 Experiencias de tratamiento de los espacios en sitios recuperados	
<i>Camila Iglesias y Natalia Ferrero:</i>	
<i>Archivo Provincial de la Memoria de la Provincia de Córdoba.....</i>	<i>50</i>
<i>Alejandra Buzaglo:</i>	
<i>Área en Derechos Humanos de la Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño (UNR).....</i>	<i>55</i>
<i>Gonzalo Conte:</i>	
<i>Programa Topografía de la Memoria de Memoria Abierta.....</i>	<i>59</i>
 Sobre los expositores.....	 70

Introducción

En los trabajos por la memoria, la transmisión ocupa un lugar central. Para poder transmitir, se precisan relatos múltiples articulados de manera creativa surgidos de la búsqueda de nuevas fuentes y del estudio sistemático. Por eso, en Memoria Abierta reunimos y preservamos documentos, producimos testimonios y apoyamos investigaciones para el conocimiento de la verdad. También asistimos y respaldamos los procesos judiciales desde nuestro trabajo interdisciplinario. Nuestro sustento es la fuerza de todos los archivos que organizamos y que hemos dispuesto para la consulta pública.

Contrarrestar el olvido que producen el paso del tiempo y la precariedad de la memoria, tan vulnerable a las presiones de la cultura, es ya un trabajo muy arduo. Se trata sin embargo, de impedir también que avancen las versiones que intentan minimizar, negar o borrar lo ocurrido alterando su carácter o mostrando un rostro menos monstruoso de lo que fue el terrorismo de Estado: la aplicación de un plan sistemático de eliminación de miles de ciudadanos, en especial de opositores políticos, jóvenes en su enorme mayoría.

Memoria Abierta trabaja por una memoria social que incida en la cultura política argentina, contribuyendo a la construcción de identidad y a la consolidación de la convivencia democrática. Para cumplir este objetivo también trabajamos con la memoria territorial y espacial del período de violencia política.

Los espacios

La calle, el principal espacio urbano donde la vida cotidiana transcurre, fue testigo y escenario de persecuciones y desapariciones durante el terrorismo de Estado. El espacio público, sin embargo, no fue el único signado por el terror. Edificios y casas particulares, fábricas y colegios, así como también instituciones militares y comisarías dieron el marco donde se reprodujo el sistema de represión ilegal implementado por el propio Estado. Esos espacios quedaron marcados en las ciudades, los suburbios y el campo y adquirieron dimensiones y significados particulares a través del tiempo.

La acción repentina, violenta y premeditada de un asesinato o secuestro a plena luz del día, transmite un mensaje que permanece en el tiempo dejando un vacío como prelude de la desaparición. Este mensaje de terror sintetiza el método utilizado y garantiza su eficaz transmisión. Hoy, muchos de esos lugares recuerdan vidas desaparecidas y desafían el miedo en cada baldosa, cada placa o cada árbol. Cuentan quiénes eran, qué edad tenían y qué pensaban.

Los sitios

Un programa de arquitectura con necesidades precisas creció en el interior de los edificios públicos, las escuelas o dependencias donde se desarrollaban actividades con aparente normalidad. Reconfiguró los espacios acondicionándolos como oscuras escenografías adaptadas a cada edificio con las mismas secuencias y los mismos nombres: la “cucha”, el “tubo”, la “leonera”, el “pañol”, etc. Reprodujo allí una maquinaria clandestina que bajo un

orden estricto sometió a las víctimas a la pérdida gradual de sus identidades hasta la muerte en la oscuridad, el encierro y la tortura. Finalmente resguardó todo este procedimiento con el cumplimiento de estrictas medidas de seguridad.

Hace un tiempo corto, algunos de esos sitios que habían sido Centros Clandestinos de Detención (CCD) fueron desmantelados y hoy están vacíos. Ese vacío, que ya de por sí transmite con enorme poder, nos interpela y nos desafía a pensar qué haremos con ellos.

Distintos actores de nuestra sociedad se han acercado desde hace algún tiempo a estas preocupaciones y han desarrollado acciones concretas en estos lugares. En los primeros momentos procuraron identificar individualmente o en grupos a las víctimas y relatar quiénes fueron y por qué luchaban. Luego, en algunos de estos CCD, comenzaron a plantearse su función como sitios de memoria, que actuaran como disparadores y que permitieran vincular su historia con los hechos del pasado reciente: un museo o un centro de interpretación dentro o fuera del espacio circundante del centro clandestino.

Esta Jornada

Con el apoyo de la Coalición Internacional de Sitios de Conciencia, el 31 de agosto de 2009, Memoria Abierta organizó la Jornada "Arquitectura y Memoria" en Buenos Aires, Argentina. Esta jornada abierta al público tuvo un triple propósito:

- Discutir los aportes y recursos de una disciplina como la arquitectura para intervenir en los espacios transformados por el terrorismo de Estado.
- Contribuir al trabajo de preservación de la memoria pensado desde una perspectiva interdisciplinaria, tal como Memoria Abierta intenta desde hace años a través de la investigación y el acompañamiento de las iniciativas surgidas en varios lugares del país.
- Mostrar a un público amplio los debates y dilemas que se plantean cuando se trata de pensar los usos posibles de distintos espacios de memoria en las experiencias alentadoras que avanzan en el país y que, en algunos casos, están incentivando un diálogo que se propone ser abierto más allá de los actores que se involucran de modo directo en estos emprendimientos.

En la presente publicación se transcriben las ponencias presentadas que se articularon alrededor de tres paneles que buscaron promover la reflexión sobre los usos posibles de estos espacios, tomando en cuenta la inquietante relación que guardan los lugares con las memorias de quienes por allí pasaron y con las de la sociedad en su conjunto: Memoria y ciudad: la transformación de los espacios urbanos; Monumentos: una forma de memorialización en la ciudad; y Experiencias de tratamiento de los espacios en sitios recuperados.

Para Memoria Abierta la investigación y el tratamiento sobre los lugares en los que ocurrieron sucesos dolorosos en el pasado y sobre los espacios que se proponen recordarlos en las ciudades, son parte de nuestra tarea. Por esta razón apoyamos desde un inicio la iniciativa de la Embajada Argentina en Sudáfrica que se desarrolla en el marco de los acuerdos de la Comisión Binacional para la cooperación entre ambos países.

La Jornada en Buenos Aires y los textos que hoy presentamos, resultan particularmente adecuados para mostrar la reflexión que arquitectos y cientistas sociales estamos realizando cuando se trata de pensar los lugares de memoria y su relación con las ciudades. Esperamos que los aprendizajes obtenidos en Sudáfrica y en Argentina al pensar los modos en que transmitimos la memoria de nuestras historias recientes a las nuevas generaciones desde los propios lugares en que los hechos ocurrieron, sean un terreno común desde el que podamos proyectar ideas para una cooperación fructífera.

El pasado de ambos países guarda notables diferencias, pero el presente tiene desafíos comunes. El seminario “Architecture for memorial sites of conscience” que se realizará en Johannesburgo en el próximo mes de octubre es una ocasión para que pensemos juntos los mejores modos de aportar a las políticas públicas que nuestros Estados diseñen para la transmisión de la memoria, la reparación simbólica y el cuidado del patrimonio histórico. Algunos sitios de memoria permiten trabajar en esta triple perspectiva.

Buenos Aires, septiembre de 2009

Memoria y Ciudad: la transformación de espacios urbanos

Pablo Sztulwark

Para comenzar, me gustaría aclarar que mi aspiración es solamente desplegar algunas ideas que sirvan como herramienta para pensar. Es decir que muy lejos está que de estos dichos se puedan deducir conclusiones o formas definitivas que pueda adoptar el problema. Simplemente son problematizaciones producto de la inquietud del pensar, de la experiencia del vivir urbano y de la incomodidad que cierto pensamiento produce. Si esto es útil como herramienta para seguir pensando habrá cumplido con su objetivo.

Tal cual lo enuncia título de la mesa, se trata de la relación entre ciudad y memoria. Esta relación no es una relación antojadiza o arbitraria. Si la ciudad no es el mero receptáculo de funciones orgánicas de una especie animal, sino el lugar de la constitución subjetiva del habitar de la especie humana, la memoria o sus distintos registros estarán inevitablemente relacionados a la manera de entender la ciudad. La ciudad está hecha de espacio y tiempo, es decir de memoria, material e inmaterial, visible y latente. La ciudad está hecha de lugares y el lugar es el sitio donde algo tiene lugar, es el sitio donde el acontecimiento adviene y el lugar es posible. Y la memoria es justamente eso, un encuentro indeterminado y complejo entre espacio y tiempo.

Les propongo ahora que pensemos juntos dos cuestiones que nos permitirán complejizar el problema que tenemos entre manos, y que en el fondo contienen dos formas de ver el tema que nos convoca.

La primera se refiere a las distintas concepciones del saber. Hay una idea acerca del saber, bastante más difundida de lo que uno imagina y que seguramente reconocerán fácilmente, que dice que algo se sabe cuando no necesita ser pensado nuevamente. Otra manera de pensar lo mismo podría decir lo contrario: algo se sabe cuando nos enfrentamos con algo que debe ser pensado nuevamente.

Este enunciado nos propone repensar, poner en cuestión temas nunca terminados de discutir: ¿Qué es una tradición? ¿Cuál es nuestra responsabilidad con ella? ¿Cuándo una tradición es nutriente del presente? ¿O meramente congela el pasado? ¿A la tradición debemos saber usarla o nuestra responsabilidad es hacerla? ¿Qué garantiza en nuestro pensamiento? es decir, reflexiones sobre el pasado que pueden ser vistas o entendidas de muy distintas formas. El saber nos puede tranquilizar o nos puede inquietar y conectarnos con el latir de la vida.

La segunda cuestión es un problema extractado de un maravilloso libro de Paolo Virno "El recuerdo del presente"^[1], donde Virno nos entrega, a partir de una sofisticadísima problematización del fenómeno mnésico del *déjà vu*, una organización de la temporalidad y del tiempo histórico que nos puede servir para nuestro pensamiento. Sin entrar en explicaciones extensas, Virno nos ofrece una organización simbólica del tiempo más allá de la división pasado, presente y futuro, y nos plantea el problema temporal en términos de virtualidad y actualidad, como una coexistencia temporal que hace de lo pasado indefinido el campo de lo virtual. Es decir la potencia y lo actual como el acto, y todo en el mismo instante, por eso el

fenómeno del *déjà vu*, en tanto es el instante donde se divide el tiempo y se produce el fenómeno del falso reconocimiento. De ahí el recuerdo del presente. Pero para lo que estamos pensando bastaría con pensar esa dinámica temporal de virtual-actual. O sea, un campo virtual infinito y una actualización permanente. Es decir un recuerdo del presente.

Hecha esta introducción, entremos ahora de manera directa a los problemas que nos atañen, tomando como hipótesis que una mirada, un registro de la ciudad, es relativa a un tipo de memoria. La mirada sobre la ciudad es consustancial con la memoria que le atribuimos. Comencemos por la ciudad.

Para cierta tradición arquitectónica y del pensamiento urbano, la ciudad es esencialmente su organización material y simbólica, la organización de sus edificios, objetos, imágenes. Según esta tradición, la ciudad es su planificación. Es decir, una gran composición material estable que organiza los sitios, los espacios, los lugares. La ciudad de los espacios planificados es la ciudad de los recorridos preestablecidos, de las experiencias pre-pensadas.

En este sentido, la planificación es una manera de pensar los espacios, pero además es un modo de vinculación con la vida. Bajo el paradigma de la planificación se produce una forma de ver, de sentir, de actuar, una forma de estar en el mundo. He ahí su condición política, que podríamos llamar macropolítica.

La operatoria planificadora hace una lectura integral, estructural, que se concentra en los puntos jerárquicos, en los puntos esenciales, trascendentes y monumentales y en la relación entre ellos. Estamos frente al relato estatal por excelencia, una ficción basada en la ilusión de que el Estado puede disciplinar al mercado. Ese es el plan urbano.

Pero nos encontramos ante un problema: ¿Cómo puede un plan contener el carácter multiforme de la vida? ¿Cómo puede disponerse una organización material planificada donde la vida va significando y re-significando los lugares todo el tiempo?

Si llamamos ciudad planificada a esta versión de la ciudad, llamaremos provisoriamente “urbe”, de acuerdo con la denominación que le da Manuel Delgado, a otro registro de lo urbano. Lo urbano es “... las formas de vida, la proliferación de urdimbres relacionales, deslocalizadas y precarias...”. Frente a la aparente estabilidad de la ciudad, la inestabilidad es su manera de ser, frente a la determinación de lo material es la indeterminación del sentido su manera de componerse.

Estamos hablando de la vida desplegándose en la ciudad, incluso a pesar de la ciudad. Estamos pensando en otra lógica, es decir en otro registro del espacio y del tiempo. Lo urbano sería fluidez, heterogeneidad y multiplicidad.

Si la estructura de la ciudad nos ofrece estabilidad y permanencia, la dinámica urbana nos introduce al movimiento. No se trata de un pensamiento que impugne a otro, sino de distintos registros de un mismo fenómeno cultural. Por un lado la ciudad es vista como una estructura estable, trascendente, monumental, por el otro lo urbano como lo inestable, lo inmanente, lo singular, hecho en sus situaciones irreductibles a planes pre-determinados.

Si la ciudad planificada es lo estructurado, lo urbano es lo no estructurado, aquello que está estructurándose todo el tiempo, sujeto a formas provisionales. Su manera es la movilidad, su equilibrio es precario, su condición es la agitación. En síntesis, micropolítica.

Como podemos intuir, la perspectiva que tengamos sobre la ciudad condiciona nuestra noción

de memoria. ¿Qué sería la memoria? Para cierto enfoque, la memoria es hija de la repetición. Según ese registro, la memoria se objetiva en diversos dispositivos. El monumento es una forma, el museo, el archivo, el documento histórico son otras variantes de la misma objetivación. Así entendida, la memoria es representación del pasado concentrada en un objeto.

Pero este dispositivo organiza una delegación. El archivo, el monumento, el documento histórico, son responsables de la memoria y ésta se vuelve patrimonio institucional perdiendo, de esta manera, toda espontaneidad. Los objetos representativos son responsables exclusivos del gobierno de la memoria. Cuando vemos su contrapartida en la ciudad, la representación nos ofrece una secuencia bien conocida: monumento, plaza, avenida, museo, escultura, retrato, etc, etc, etc. El monumento nos recuerda una batalla, la avenida un hecho relevante, el edificio representativo una conmemoración.

La trascendencia es la que organiza la estadía en la ciudad. Si la memoria es trascendental, monumental, la memoria urbana es reducida a objetos, por lo tanto existirá donde fue preestablecida por el funcionario, el urbanista o la institución.

Vista desde otro punto de vista, la memoria no es representación del pasado, objetivación de lo acontecido, tampoco construcción acabada. La memoria es el conjunto de fuerzas heterogéneas, indeterminadas, que afectan a un espacio, un objeto y lo transforman en **LUGAR**. Es por eso que si la memoria es indeterminación viva no hay dispositivos institucionales que puedan naturalizarla (como diría Musil, no hay nada más invisible que un monumento), ni soportes materiales que puedan congelarla. Por eso la memoria construye sus propias formas.

La memoria entonces, que deviene inmanente, está hecha de marcas y afectaciones varias (deliberadas o no, contradictorias o no, programadas o no), marcas y afectaciones que hacen ciudad. Desde esta perspectiva **la memoria es la ciudad misma**.

Mirada desde este registro de ciudad, la memoria es una construcción presente, una operación en constante actualización, en la medida que es constantemente habitada, afectada, transitada, pensada, marcada por la vida que en ella transcurre. Su actualización dependerá más de su potencia vital que de la renovación de sus edificios, objetos e imágenes. Es siempre una construcción presente. Volviendo a Virno, es un recuerdo del presente. Vistas de esta manera, ciudad y memoria son, como nombra Michael de Certeau, "espacios practicados", territorios en construcción permanente.

Podemos entonces mirar la ciudad no solamente en sus puntos relevantes, sino en sus infinitos lugares, es decir los espacios que son marcados por experiencias de otro orden: la esquina en la que conocí a mi mujer, la calle en la que caminaba con un amigo que ya no está, la plaza que recorrí miles de veces camino a la escuela.

Pero también en sus marcas colectivas: los "escraches" en la puerta de la casa de Videla, las siluetas pintadas en la pared, la esquina de la Avenida de Mayo donde golpearon a un compañero, los pañuelos pintados en el piso de la Plaza de Mayo.

Ni la esquina ni la calle, ni la pintada ni el "escrache" se dejan tomar por la ciudad planificada ni por ningún dispositivo de invisibilización de la memoria. Tal vez ninguno de estos lugares sea relevante para la ciudad monumental, pero lo importante es cómo un acontecimiento subjetivo modifica el sentido de un espacio y lo convierte en espacio de sentido.

Vista de esta manera la ciudad crea además sus propios lugares de memoria. Una memoria espontánea, marcada y actualizada constantemente. En este sentido, podemos decir que la ciudad es además de su plan y de su estructura material, territorio de acontecimiento, territorio de situaciones y, también, una gran superficie de inscripción.

Podremos rememorar muchas situaciones urbanas en donde la ciudad adviene como lugar de la memoria. Recordemos el puente Pueyrredón, y recordemos el puente cuando mataron allí a Kosteki y Santillán^[2]. Ese puente no fue construido como monumento, sin embargo es depositario de memorias, es memoria de la Argentina piquetera, es memoria de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre. Su materialidad sólida e inmutable no soporta lo sucedido, su sentido se altera. El puente adquiere otras memorias y otros sentidos porque el acontecimiento introdujo una nueva afectación. Cruzar el puente implica, luego de los asesinatos, una interpelación ineludible.

Podríamos decir lo mismo de algo más reciente, como el acontecimiento de Cromañón^[3]. Jamás nadie hubiera imaginado un santuario en ese lugar, sin embargo, el acontecimiento reatribuye de sentido el lugar. Es memoria de la Argentina precaria, de una manera de construir cultura, etc.

El campo de problematización que se abre es infinito y seguramente cada uno de ustedes recordará y recreará situaciones memorables en su tránsito en la ciudad.

Pero además la ciudad es una inmensa superficie de inscripción. Quisiera contarles otra experiencia, quizá ustedes la conozcan, pero es interesante traerla. Nos ubicamos en Austria, en 1988 en la ciudad de Graz. Allí Hanz Haacke reconstruye el monumento que los nazis instalaron en 1938. La intervención es muy interesante porque lo que hace el artista es mantener el monumento tal cual era. Incluso con una frase que dice “y después de todo la derrota es vuestra”. Haacke solamente le agrega: “300 gitanos asesinados, 2.500 judíos asesinados, 8.000 prisioneros políticos asesinados o muertos en cautiverio, 9.000 civiles asesinados en la guerra, 12.000 desaparecidos, 27.900 soldados asesinados”. Luego de la restauración el monumento es atacado por una bomba neonazi y la ciudad decide conservarlo en ese estado.

Veamos lo que hace Haacke. Para él, los monumentos públicos no son objetos acabados sino configuraciones en construcción, es decir superficies de inscripción social. Por eso la intervención de Haacke es una intervención más en una dinámica de la memoria. Si el monumento público es el lugar donde se tramita colectivamente el pasado, donde se lleva a cabo una lucha por el sentido, el ataque al monumento restaurado parece una irónica confirmación de lo pensado. Lo que pudo ser un atentado, quizá pueda ser visto como una intervención más en ese terreno de inscripción. Si la ciudad hubiera decidido volver a restaurar el monumento, también hubiera sido una intervención más en el campo del sentido.

Nuevamente, luego de esta reflexión, se abre un campo enorme de pensamiento. Es la ciudad misma el lugar donde se tramita colectivamente el pasado, el campo de batalla por el sentido. Es entonces la ciudad un enorme palimpsesto donde marcamos nuestra historia, nuestra vida.

Hemos hecho un recorrido por distintos registros de la noción de ciudad y de memoria. En ese recorrido podríamos formular un concepto: la “ciudad-memoria”.

¿Qué sería entonces la ciudad-memoria? Una tensión, una tensión y un encuentro entre dos maneras de percibir el espacio y el tiempo, entre una mirada trascendente de los lugares

hecha de momentos esenciales y una mirada inmanente hecha de momentos cualquiera. Entre una ciudad hecha de una memoria de carácter jerárquico y otra hecha en el hacer con la vida.

Recorrer la ciudad-memoria desde esta tensión nos involucra como habitantes, como actores indisolubles de la construcción misma de la ciudad; y la ciudad así puede ser otra.

Notas

[1] Virno, Paolo (2003), *El recuerdo del presente. Ensayo sobre el tiempo histórico*, Paidós.

[2] El 26 de junio de 2002, distintas organizaciones de desocupados impulsaron una jornada de protesta que consistió en el bloqueo de los principales accesos a la ciudad de Buenos Aires. Alrededor de 2.500 manifestantes intentaron cortar el puente Pueyrredón, que une la ciudad con la localidad de Avellaneda. Las fuerzas de seguridad los reprimieron fuertemente, lo que provocó enfrentamientos con los manifestantes, muchos de los cuales intentaron huir hacia la estación de ferrocarril Avellaneda, a pocas cuadras del lugar.

En el hall de la estación fue asesinado por efectivos de las fuerzas de seguridad Darío Santillán (21 años) mientras asistía a Maximiliano Kosteki (24 años) que había sido herido mortalmente a pocos metros del lugar. Las autopsias revelaron que ambas muertes fueron provocadas por disparos de escopeta de perdigones de acero, disparados a menos de diez metros de distancia, pertenecientes a la Policía de la provincia de Buenos Aires.

[3] República Cromañón fue una discoteca ubicada en el barrio de Once de la ciudad de Buenos Aires. La noche del 30 de diciembre de 2004, durante un recital que dio la banda de rock "Callejeros", se originó un incendio en el lugar que causó la muerte de 192 personas y al menos 1432 heridos. Es una de las mayores tragedias no naturales de la Argentina.

Ciudad y terrorismo de Estado: la memoria justa*

Adrián Gorelik

Quiero comenzar dedicándole un minuto a algo que es más que un agradecimiento formal: es realmente un honor haber sido convocado a participar de esta Jornada que forma parte del lanzamiento de un emprendimiento tan valioso como es el libro *Memorias en la Ciudad. Señales del terrorismo de Estado en Buenos Aires*. Hace una semana lo he recibido y desde entonces no he podido dejar de mirarlo: cada página en la que uno entra al azar es un mundo de recuerdos, pero también de información precisa. Es un disparador de memorias y de historias. Cuando el libro se estaba preparando, tuvimos una conversación acerca de qué clase de objeto iba a resultar, si un mapa, una guía o un atlas. Ahora que lo veo realizado, advierto que se trata de otra cosa, un instrumento que permite orientarse en todos los mapas y en todas las guías; un artefacto que permite orientarse al mismo tiempo en la ciudad y en la historia. Y por eso a lo que más se parece es a una brújula. Con la seriedad y la discreción que caracterizan todas sus empresas, Memoria Abierta ha logrado plasmar en esta obra colectiva una serie de cualidades difíciles de reunir, que quiero mencionar aunque sea muy rápidamente: el libro logra objetividad sin neutralidad, apertura sin relativismo; logra mostrar en acto la pluralidad de significados que caracteriza a los “lugares de memoria”, y logra tramarlos todos en un relato que al mismo tiempo no es ni confuso ni genérico; en fin, logra personalización sin individualismo y reivindicación sin museificación. Creo que han producido un objeto que va a ser de ahora en más insustituible para orientarse en esta ciudad. Por eso, les agradezco mucho que me hayan invitado a formar parte de este acontecimiento.

En realidad, la memoria es un tema sobre el cual se ha hablado mucho en los últimos años: como problema filosófico, psicológico o político ha sido enormemente tratado, y un público bastante más amplio que el especializado se ha familiarizado con un elenco de autores que va desde Maurice Halbwachs a Paul Ricoeur, de Tzvetan Todorov a Andreas Huyssen, por nombrar sólo a algunos de los más frecuentemente citados. Hoy estamos convocados a tratar un tema mucho más específico, aunque igualmente inmenso, que es la relación entre memoria y ciudad, pero al mismo tiempo no podemos desconocer aquella dimensión más general del problema, sobre la que cualquier reflexión específica necesita apoyarse. Para no extenderme entonces en cuestiones generales ya conocidas pero, al mismo tiempo, para no dejar de presentar aunque sea muy concisamente esa dimensión sobre la que se van a desarrollar mis argumentos, voy a comprimir en una fórmula todo un entramado de posiciones: la fórmula es la de la “memoria justa”. Creo que es una fórmula que puede ser muy productivo aplicar en la ciudad, un poco a la manera en que un científico coloca un reactivo en un tubo de ensayo, esperando algún resultado que cambie la naturaleza de la materia con la que está experimentando. Se trata de una fórmula que tiene ya una larga historia y ha provocado grandes debates. Quiero detenerme en un libro sobre “memorias y olvidos” en nuestra historia reciente que la desarrolla magníficamente: me refiero al último libro de Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria*. Dice Vezzetti que entre la amnesia y una memoria capturada por los fantasmas del pasado “queda situado un espacio móvil, incierto, conflictivo”; un espacio en el que se busca un equilibrio entre el abuso de memoria y su déficit, entre pasado y presente. Y

asimismo nos muestra cómo la fórmula también apela a la relación entre la memoria y la realización de la justicia, obteniendo así una edificación moral y cultural.

Pues bien, dejando esta idea de “memoria justa” como un fondo sobre el cual ir disponiendo los elementos que componen la problemática urbana, me interesa tratar de entender la relación entre memoria e historia en la ciudad, porque la ciudad es el sitio por excelencia para comprender que entre ambos términos, memoria e historia, se traza una relación mucho más conflictiva que complementaria. En este sentido, creo que van a poder entrever algunas cuantas diferencias –que espero logremos volver productivas en el debate posterior– con la idea de “ciudad-memoria” que acaba de desarrollar Pablo Sztulwark.

Hay una definición de ciudad ya clásica en la tradición culturalista (esa tradición que reúne nombres como los de Lewis Mumford o Aldo Rossi): la ciudad es vista como una obra de arte colectiva, una manufactura realizada a lo largo del tiempo por una colectividad que, gracias a la permanencia de la ciudad, reconoce su propia continuidad, los lazos comunes que la vinculan con los antepasados; como escribió José Luis Romero, la ciudad objetiva el legado cultural del que surge la conciencia histórica. En esta definición se supone una especie de círculo virtuoso entre ciudad y sociedad: la ciudad define una colectividad que construyendo su ciudad se reconoce como tal, es decir, que construyendo su ciudad construye su identidad. La ciudad permite las representaciones que crean la imagen colectiva y, al mismo tiempo, la ciudad es el texto de esa historia colectiva. Por eso, para Maurice Halbwachs la ciudad es el soporte de la memoria colectiva. Pero aquí comienzan las precisiones sobre el término “memoria”, porque la idea de “memoria común” en Halbwachs implica siempre una tarea presente, de construcción retrospectiva de un pasado compartido. Es decir, para él la clave de la ciudad no radica en la memoria como permanencia, sino en la historia como devenir.

De hecho, la ciudad es el sitio que registra por antonomasia el conflicto entre lo existente y lo nuevo, entre la preservación y la transformación: es el sitio donde la historia está ocurriendo, donde más evidente se vuelve el paso del tiempo y donde es el presente el que determina las lecturas del pasado. Por eso Aldo Rossi, como si también estuviera pensando en la noción de “memoria justa”, distingue entre permanencias “patológicas” y permanencias “propulsoras”. Y por eso, también, Sigmund Freud usó el ejemplo más paradigmático de ciudad, la ciudad eterna, Roma, para mostrar la imposibilidad de memoria en la ciudad. Para Freud, la ciudad es el ejemplo que por oposición permite entender la especificidad intransferible de la vida psíquica: mientras que en la psiquis siempre existe la posibilidad de recuperar y revivir recuerdos aparentemente extinguidos, en el espacio de la ciudad, en cambio, la sucesión histórica sólo puede representarse por medio de una yuxtaposición imposible. Porque se ha construido otra cosa en el lugar donde estaba aquel viejo edificio, aquella vieja casa o aquel monumento: para vivir, la ciudad ha precisado demoler y reemplazar sus diversos pasados y sólo una porción muy pequeña de ellos, casi nunca en su estado original, se preserva. La ciudad, así, es el ejemplo que muestra que la vida histórica avanza por demoliciones y reemplazos y que, por lo tanto, la memoria material es el sujeto de un conflicto estructural, y no me refiero ya al conflicto de interpretaciones que toda memoria supone, sino a un conflicto que hace a la propia esencia material de la ciudad, a la imposibilidad espacio-temporal de perdurar sin transformarse.

¿Cómo tiene entonces que recordar la ciudad? Ese fue el rol tradicional de los monumentos –recordar, enseñar, nombrar: tales son los significados del término en latín–. Pero justamente por la naturaleza histórica de la ciudad, el monumento sólo puede ser pensado como un hecho

excepcional, como un llamado de atención, desde un presente hacia algún pasado, que la ciudad-sociedad decide darse a sí misma. Y por eso el monumento ha sido, en la modernidad, el hecho singular a través del cual reflexionar acerca de qué debe ser resguardado de la destrucción —es decir, de la vida histórica de la ciudad— y de qué modo. Hay un teórico de principios del siglo XX, fundamental en estos temas, que planteó el conflicto inherente a la idea de monumento en la ciudad moderna. Se trata de Aloïs Riegl, que en *El culto moderno a los monumentos* señaló las contradicciones entre tres tipos muy diversos de valores que conviven en nuestra idea de monumento. En primer lugar, el valor más moderno (que había sido puesto en boga por el romanticismo), que es el valor de antigüedad, en el que lo importante es la marca que el tiempo ha dejado en el objeto material y que, por lo tanto, vuelve impracticable la restauración; es el caso de las ruinas que deben ser preservadas como ruinas porque justamente lo que se aprecia en ellas es el modo en que el tiempo las ha trabajado. En segundo lugar, el valor histórico, que pondera al monumento en su carácter de documento (no tanto por lo que recuerda en sí, como por lo que puede enseñar a través de sí); en este caso, al revés que en el anterior, se valora la capacidad evocativa del monumento que, para que sea completa, requiere que muchas veces el objeto material sea restaurado o incluso reconstruido por completo (nuestra ciudad tiene varios ejemplos, como el Cabildo o la réplica de la casa de San Martín: maquetas didácticas de obras que portan un mensaje aleccionador). Finalmente, el valor artístico, es decir, la capacidad del monumento de convocar emociones en el público a través de un reconocimiento estético que sólo puede producirse si responde al estado del gusto contemporáneo. El problema que nos plantea Riegl es que esos tres tipos de valores conviven en el culto moderno a los monumentos, implicando diversas maneras de entenderlos que deberían suponer diversas estrategias para encarar la cuestión monumental en la ciudad moderna; algo que se entiende plenamente si, ya vinculados a nuestro tema, pensamos en las connotaciones tan diferentes que rodean a un monumento por preservación, como puede ser la ESMA, y a un monumento por creación, como puede ser el Parque de la Memoria. Lo que está en juego en cada uno de ellos, lo que en cada uno de ellos permitiría cumplir acabadamente con sus funciones monumentales, debería ser completamente diferente, aunque no siempre las políticas de la memoria que se siguen en ellos sean conscientes de esa diferencia y actúen en consecuencia.

Pero me gustaría detenerme en un conflicto diverso implícito en la cuestión monumental en el pensamiento contemporáneo, y que podría sintetizarse diciendo —muy esquemáticamente— que los monumentos por un lado y la preservación por el otro, en un lapso relativamente corto, han invertido su signo ideológico dentro de la cultura de la ciudad y la arquitectura.

En efecto, podría decirse que en el siglo XIX los monumentos ocupaban un lugar progresista en el imaginario social en tanto el nacionalismo liberal y democrático, como parte de su objetivo de construir esa “comunidad imaginada” que es el Estado-Nación, había ampliado el panteón de héroes por fuera de la sacralidad religiosa y monárquica hacia los hombres ordinarios, los hombres de ciencia, los hombres de la política. Como mostró Maurice Agulhon, se había creado una idea humanista de héroe que iba a producir una multiplicación al infinito de los monumentos cívicos como monumentos al progreso; y, por eso, en el siglo XIX va a comenzar simultáneamente una crítica mordaz de la “estatuomanía”, pero llevada adelante por la derecha anti-republicana que criticaba esta voluntad democratizadora del nuevo panteón cívico del nacionalismo. Podríamos establecer un encadenamiento de ideas, en este sentido, que conecte el planteo de Rousseau, que veía al espacio público ya no a la manera ilustrada — como ámbito neutro de autogobierno de la sociedad civil—, sino como el lugar de una activa

“educación de la almas”, con la preocupación nacionalizadora de Ricardo Rojas (entre nosotros) quien propuso una “pedagogía de las estatuas” imaginando que la ciudad debía funcionar como un libro de historia para inocular cotidianamente los valores de una cultura nacional en las masas inmigrantes, que así encontrarían una vía de integración cultural complementaria a la escuela. Es notable la conciencia decimonónica acerca de la capacidad de la arquitectura para crear un ambiente propicio a ciertos ideales y valores que componen una comunidad nacional, tal cual lo había señalado John Ruskin –fuente para muchos en ese ciclo monumental– en *Las siete lámparas de la arquitectura*: “podemos vivir sin arquitectura, pero no podemos sin ella recordar”.

Pero esta visión progresista del monumento cambió radicalmente en el siglo XX por una combinación de factores: tanto porque después de la Segunda Guerra se pasó de la memoria del Estado-Nación a las memorias del Estado terrorista, produciendo una inversión absoluta del sentido que hasta entonces habían tenido el Estado y la memoria nacional, como porque ya mucho antes se había producido una caída de las convenciones retóricas monumentales, de modo que se había vuelto imposible cualquier acuerdo acerca de qué era posible recordar y acerca de cómo hacerlo. Hay un poema de Bertolt Brecht que señala este proceso de cambio a la perfección; se llama “Libro de lectura para los habitantes de la ciudad”, que es como una manual de instrucciones que le indica al habitante de la ciudad: “Borra tus huellas” (“Cuida, cuando pienses morir, / que ninguna piedra delate el lugar donde yaces / con una inscripción, que señale / tu nombre y el año de tu muerte. / Una vez más / borra tus huellas!”). Vale la pena subrayar que la tumba es el monumento más primario, el monumento por excelencia porque reúne el acontecimiento y la “huella” que lo ha fijado, los restos materiales y su evocación ¿Qué ha ocurrido para que esas huellas deban también ser sustraídas de la ciudad? Walter Benjamin ha hecho una interpretación célebre de este poema, planteando que trata de la situación del emigrante en una ciudad extraña, pero también del luchador social que se extraña de su sociedad, porque para Benjamin las ciudades se han convertido en campos de batalla en los que no se puede poseer nada que deje algún resto, algún recuerdo: no sólo porque delatarían al luchador; también porque la nueva “pobreza de experiencia” que la ciudad moderna ha impuesto debe ser respondida con un ascetismo cultural capaz de romper con todo resabio de tradición. Y hay ahí también una idea acerca de la imposición política, de la cristalización museificadora y oficializante que supone cualquier voluntad monumental; una idea que conecta claramente con las propuestas anti-monumentales del arte contemporáneo, como señalan los diferentes “contra-monumentos” de un artista como Horst Hoheisel, seguramente muy conocido por todos ustedes. Se trata de un conflicto inherente al arte contemporáneo: cómo representar lo irrepresentable; pero, sobre todo, cómo renovar el sentido de lo que precisa ser recordado u homenajeado una vez agotados todos los recursos del “arte”. La voluntad de “borrar las huellas”, de desterritorializar las marcas oficiales de la ciudad es uno de los caminos que sigue el arte contemporáneo, aunque todavía –y este es un conflicto que Graciela Silvestri marcó muy bien en un artículo sobre el Parque de la Memoria–, sigamos esperando otros significados del arte, otras reconciliaciones. Es también “el dilema del monumento”, como lo llamó Beatriz Sarlo en un artículo reciente sobre las paradojas que produce el Monumento de los judíos asesinados en Europa que construyó en Berlín el arquitecto Peter Eisenman, tensionado entre su propósito antisimbólico que busca generar en el visitante una experiencia excepcional y los usos del público que lo *consume* como una pieza más de la metrópoli contemporánea.

Por otro lado, podemos encontrar el movimiento en espejo de los sentidos ideológicos de la preservación en la cultura arquitectónica: si el monumento pasó de ser progresista a reaccionario, la preservación pasó de conservadora a progresista. Lo que cambió en verdad en el siglo XX fue una idea fundante del modernismo acerca de la relación entre la ciudad y el progreso. La reconstrucción de las ciudades europeas en la segunda posguerra produjo un estado de revisión en el interior del pensamiento urbanístico que apuntó contra toda la batería de principios modernistas hasta entonces vigentes, ya que se advertía que la pérdida de señales históricas de la ciudad no se había traducido en un mejor funcionamiento urbano sino en anonimato y desarraigo. Así a partir de los años cincuenta comenzó a desplegarse una nueva asunción de la historicidad en la ciudad (como parte de una nueva sensibilidad que bastante tiempo después algunos llamaron “postmodernista”) que llevó a una reflexión sobre las permanencias, la morfología urbana y los monumentos históricos completamente ausente de la visión “progresista” (en sentido lato) del modernismo.

En la Argentina, esta nueva apreciación de la historia de la ciudad ocurrió en un momento muy particular, justamente durante la última dictadura. Se produjo entonces una combinación de factores muy diversos pero que parecían confluir en la nueva valoración de la preservación patrimonial: desde las movilizaciones antidictatoriales contra las demoliciones previstas por las autopistas, pasando por el Museo de la Ciudad y la preservación oficial de San Telmo, hasta la puesta en valor de Palermo Viejo, que reunía las cualidades simbólicas del *barrio* y la “casa chorizo” con las posibilidades de un nuevo *target* inmobiliario. Esta multiplicidad de factores – que cruzaban valores políticos opuestos, aspectos institucionales y tendencias de mercado – coincidieron, además, con la devaluación de un motivo tradicionalmente transformador de la arquitectura, que era la vivienda social colectiva, también atrapada en un efecto de pinzas entre las objeciones antiautoritarias de la sociología crítica y la novedosa fuerza con que la derecha se abalanzó contra el Estado de Bienestar. Comenzó entonces un nuevo ciclo en el pensamiento arquitectónico dominado por las claves existencialistas del “habitar”. Así se pudo pasar muy inadvertidamente, en los temas de la ciudad y la historia, desde una visión de la historia y la memoria como la de Aldo Rossi, claramente comprometida con un proyecto transformador, a una visión como la de Pierre Nora en *Los lugares de la memoria*, claramente conservadora, en el sentido de que es una visión nostálgica de aquella capacidad perdida por la ciudad de constituir una *colectividad nacional*.

Y como más reciente variación en este ciclo de alternancias ideológicas, aparece una reacción en el pensamiento urbano más contemporáneo contra las puestas en valor de los centros históricos, una reacción contra el resultado espectacularizador –y por lo tanto, banal y fetichista– que ha terminado produciendo el énfasis de las dos últimas décadas en las políticas públicas y en los discursos urbanísticos sobre el espacio público y la memoria, argumentos que finalmente se demostraron más propicios para el “marketing urbano” que para la valoración patrimonial y ciudadana de lo público.

Por otra parte, hay que notar también que todos estos cambios de sentido se dan en simultáneo con un cambio muy fuerte de la sociedad en relación al pasado. Algunos autores hablan de que el conjunto de la sociedad está en “estado de memoria”. ¿Cómo recordar, y especialmente, cómo ordenar los recuerdos si todo se vuelve recuerdo? ¿Hay una memoria más “importante”, más “justa” que otra? ¿Cómo decidirlo? La literatura contemporánea ha analizado este problema como típico de la condición contemporánea (que algunos teóricos como Marc Augé llaman la “sobremodernidad”), producto de la combinación entre la

aceleración del tiempo (“la historia nos pisa los talones”) y una correspondiente desintegración de la idea de progreso. Ahora bien, dado este estallido, ¿Cómo pensar ese sector de la memoria tan particular que son para nosotros las “señales del terrorismo de Estado”? Sabemos que ellas nos enfrentan a una memoria especial. En palabras de Hugo Vezzetti, el terrorismo de Estado creó “condiciones excepcionales, que tocan un límite de la experiencia”. El exterminio masivo, la desaparición, el Juicio a las Juntas: se trata de puntos clave en la historia argentina. Pero en una sociedad en “estado de memoria”, ¿Cómo se trabaja la diversa entidad de las memorias?

Tomemos dos ejemplos para ilustrar este problema: Cromañón^[1] y Malvinas. En Cromañón se da, a mi juicio, la imposición beligerante de una memoria sectorial. La calle Bartolomé Mitre, la cuadra en donde se encontraba el local bailable, permanece cerrada desde la noche de la tragedia por voluntad de los familiares de las víctimas, muchos de ellos también sobrevivientes. Apoyándose en una noción de “víctima” cuyos contenidos entre nosotros provienen sin duda de la lucha contra el terrorismo de Estado, la fuerza de ese reclamo ha sido tal y ha sabido tocar de tal modo las malas conciencias de la clase política de la ciudad, que ha logrado mantener clausurado un nudo clave en el tráfico ya muy complicado de la ciudad. Uno podría pensar lo que sucedería si los afectados por tragedias análogas hubieran tomado similares medidas: podría estar cerrada la ruta en donde murieron los chicos de la escuela Ecos que volvían del Chaco, ya que se trató de un accidente que combinó similares elementos: desidia de la empresa de transporte, desidia y corrupción pública por la falta de controles, etc. Por no decir que la calle de la AMIA podría estar cerrada, la de la Embajada de Israel, la Avenida del Libertador a la altura del boliche Keivis, aquel antecedente de Cromañón en los años noventa. Lo cierto es que las víctimas de Cromañón impusieron su duelo y su protesta en uno de los lugares más visibles de la ciudad. Por otro lado, los soldados sobrevivientes de Malvinas no han logrado en todo este tiempo ni el reconocimiento ni la visibilidad para aquella tragedia nacional –una falta de visibilidad que ha vuelto esa tragedia algo privado, sólo concerniente a las víctimas–. Han logrado, por cierto, algunos monumentos oficiales, pero en el más craso sentido de la palabra “oficial”, vaciados de todo contenido social, porque no han logrado que la sociedad, que primero se entusiasmó con la guerra y luego se desentendió por completo de ella, no se desentendiera también de sus víctimas más directas y más desprotegidas, también víctimas de la dictadura. Es como si la sociedad le hubiera endosado esa tragedia exclusivamente a sus víctimas directas, lo que las victimiza doblemente (se sabe que ya son más los suicidados de Malvinas que quienes murieron en el campo de batalla); como si el único modo en que nuestra sociedad es capaz de manifestar la vergüenza colectiva por esa guerra fuera la indiferencia.

Quise poner como ejemplo dos casos cuya memoria no tiene que ver con los crímenes del terrorismo de Estado (aunque en el caso de Malvinas esto pueda ser discutible), para poder ver con más claridad que la presencia de la memoria es un hecho social que se construye cada día, y no siempre a través de una ponderación sobre la mayor o menor importancia social o política del hecho que rememora. Si en la memoria del terrorismo de Estado no ocurrió lo de Malvinas es no sólo por la enorme labor de los organismos de derechos humanos y los sectores movilizadores de la sociedad sino también por el Juicio a las Juntas y por el modo en que desde 1983 se planteó una acción conjunta de los sectores directamente afectados y del Estado que consiguió convertirla en una cuestión pública de primera magnitud, una cuestión sobre la cual la sociedad no pudiera volver la página muy rápidamente. De lo contrario, la memoria queda sólo librada a la mayor o menor fuerza de las luchas sectoriales. Pero es

importante advertir que no se trata de un tema cerrado: las diversas jerarquías de la memoria social están siempre rehaciéndose. Especialmente si advertimos que nuestra sociedad en “estado de memoria” al mismo tiempo ha tenido históricamente enormes dificultades para la memoria.

¿Cuánto duran las memorias en nuestra ciudad? Veamos si no la toponimia de la ciudad de Buenos Aires: el equivalente a la “estatuomanía” de las ciudades europeas ha sido, en nuestro caso, la pugna por el nombre de las calles, donde se han dado –y se siguen dando– todo tipo de batallas simbólicas. Vivimos cambiando el nombre de las calles, y se ha llegado al absurdo de que se le ha puesto el nombre “Jorge Luis Borges” a un tramo de la calle Serrano, de modo que para homenajear al escritor se ha destruido el sentido del poema por el cual el escritor merecía ser recordado, su “Fundación mítica de Buenos Aires” que fundaba a la ciudad en la manzana conformada por Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga, que ahora es, entonces, Guatemala, Borges, Paraguay, Gurruchaga. Pero veamos un caso mucho más complejo, sobre el que es más difícil ironizar, que tiene que ver con una de las memorias que modifican nuestra percepción proliferante de la ciudad. El caso de la imposición –béligeramente también, en el sentido de Cromañón– del cambio de nombre de la “Estación Avellaneda” por “Estación Darío y Maxi”, para recordar el acto criminal que terminó con la vida de esos dos militantes[2]. Pero ¿Por qué la memoria de ese crimen tiene que disputarse simbólicamente en el nombre de la estación donde se produjo? ¿Por qué intentar anular con la memoria de esta matanza reciente la memoria social lentamente construida a lo largo de décadas de luchas obreras, que es lo que muchos de nosotros asociamos con el nombre “Avellaneda”: fábricas, trabajo, luchas? ¿Cómo se dirige la justicia de la memoria?

En principio, cabe decir que la certeza de que no hay una memoria esencial, sino diversos relatos, no puede suponer que los mismos queden librados a una proliferación sin sentido: a veces la multiplicación de los sentidos se revela como la simple ausencia de sentido; ¿tenemos que celebrar esa proliferación, o tenemos que sumarnos a la difícil y muchas veces ingrata tarea de ponderar y discernir? Por supuesto, esto no significa que deba buscarse la imposición de un relato como memoria oficial; eso sería un triunfo pírrico (y creo que algo de eso padeceremos en el campo de los derechos humanos como resultado de la cierta oficialización que se ha producido durante este gobierno). El principal trabajo de la memoria es conseguir que los relatos construyan su estatuto de justicia en una búsqueda permanente de ampliación de los consensos. Consensos que son provisorios, frágiles, transitorios, en constante negociación y reconstrucción. Pero no es posible simplemente aceptar que las memorias compiten por su lugar en un territorio equivalente, librado a la fuerza de cada uno de los “sectores interesados”, porque sería aceptar una especie de libertad de mercado de la memoria. La excepcionalidad de la memoria del terrorismo de Estado impone otros deberes, y esto tiene una implicancia hacia afuera del movimiento de los derechos humanos y otra hacia adentro; porque obliga no sólo a pensar cómo se fundamenta una valoración diferencial de esta memoria frente a otras memorias parciales, sino que impone una voluntad de conquista de toda la sociedad, una voluntad de traducción de la lucha por la memoria y la justicia, de universalización de valores que rompe con algunos hábitos muy arraigados en este propio sector. Y para esa tarea de universalización, el territorio de la ciudad es, como a su manera muestra este magnífico libro *Memorias en la ciudad*, una plataforma tan compleja como extraordinaria.

El trabajo de memoria en la ciudad es, entonces, un trabajo de Sísifo. Sabiendo que es en la ciudad donde el tiempo más rápido pasa y donde más radicalmente se reconfigura el espacio, donde cada día se renueva piedra sobre piedra y significado sobre significado, se trata de intentar, de todos modos, sostener y recrear su carácter de universo simbólico, de medio de reconocimiento público, no privado ni sectorial. Y esto supone recuperar una idea de espacio público capaz de instalar, aún provisoriamente, algunos valores de la memoria común, de la "memoria justa". Aún sabiendo que la lucha contra la fragmentación del sentido, en este caso por la multiplicación aleatoria de sentidos, es una lucha que debe recomenzar cada día.

Notas

* Versión revisada por el autor de la desgrabación de la ponencia presentada en la Jornada "Arquitectura y memoria", lunes 31 de agosto, Centro Cultural General San Martín. Se ha agregado al final una pequeña nómina de los libros mencionados en el texto.

[1] República Cromañón fue una discoteca ubicada en el barrio de Once de la ciudad de Buenos Aires. La noche del 30 de diciembre de 2004, durante un recital que dio la banda de rock "Callejeros", se originó un incendio en el lugar que causó la muerte de 192 personas y al menos 1432 heridos. Es una de las mayores tragedias no naturales de la Argentina.

[2] El 26 de junio de 2002, distintas organizaciones de desocupados impulsaron una jornada de protesta que consistió en el bloqueo de los principales accesos a la ciudad de Buenos Aires. Alrededor de 2.500 manifestantes intentaron cortar el puente Pueyrredón, que une la ciudad con la localidad de Avellaneda. Las fuerzas de seguridad los reprimieron fuertemente, lo que provocó enfrentamientos con los manifestantes, muchos de los cuales intentaron huir hacia la estación de ferrocarril Avellaneda, a pocas cuadras del lugar.

En el hall de la estación fue asesinado por efectivos de las fuerzas de seguridad Darío Santillán (21 años) mientras asistía a Maximiliano Kosteki (24 años) que había sido herido mortalmente a pocos metros del lugar. Las autopsias revelaron que ambas muertes fueron provocadas por disparos de escopeta de perdigones de acero, disparados a menos de diez metros de distancia, pertenecientes a la Policía de la provincia de Buenos Aires.

Textos mencionados:

Maurice Agulhon, *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea* (1988), México, Instituto Mora, 1994; Marc Augé, *Los "no lugares". Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (1992), Barcelona, Gedisa, 1993; Bertolt Brecht, "Libro de lectura para habitantes de la ciudad" (1928), en Walter Benjamin, *Brecht: ensayos y conversaciones*, Montevideo, Arca, 1970; Sigmund Freud, *El malestar en la cultura* (1930), Buenos Aires, Alianza, 1992; Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria* (1925), Barcelona, Editorial Anthropos, 2004; Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, tres tomos, 1984-1992; Aloïs Riegl, *El culto moderno a los monumentos* (1903), Madrid, Visor, 1987; Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista* (1909), Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1971; José Luis Romero, "La estructura histórica del mundo urbano", *Siglo XIX. Revista de historia* nº 11, México, 1992; Aldo Rossi, *La arquitectura de la ciudad* (1966), Barcelona, Gustavo Gili, 1981; John Ruskin, *Las siete lámparas de la arquitectura* (1849), Valencia, A. Sempere Editores, 1909; Beatriz Sarlo, "El dilema del monumento", Suplemento ADN de *La Nación*, sábado 15 de agosto de 2009; Graciela Silvestri, "El arte en los límites de la representación", *Punto de Vista* Nº 68, Buenos Aires, diciembre de 2000; Hugo Vezzetti, *Sobre la violencia revolucionaria*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.

La memorialización física en las políticas oficialistas: balance, crítica y desafíos

Gonzalo Cáceres, Rodrigo Millán y Valentina Rozas

Dos polaridades

¿Transición a la democracia o postdictadura? La dicotomía se instaló a comienzos de los noventa cuando la administración Aylwin^[1] recién arrancaba. Ciertamente, cada alternativa representaba mucho más que una retórica académica. Los que caracterizaban al proceso chileno como transición subrayaban el comando civil, la necesidad de estabilidad y el consenso como objetivo y meta cuando de gobernar se trataba. Los que preferían aludir al período que se inauguraba como postdictadura enfatizaban la temprana oxidación del reformismo concertacionista, incompetente a la hora de mellar el cerco institucional vigilado por los centinelas del proyecto autoritario.

Al igual que ¿Transición o postdictadura?, ¿Verdad o Justicia? fue otro de los binomios que singularizaron el Chile presidido por Aylwin o Frei Ruiz-Tagle^[2]. Mientras Transición o Postdictadura ponía en el tapete el sistema electoral binominal, los senadores designados y los quórum calificados requeridos para cualquier reforma relevante, Verdad o Justicia invocaba un campo más amplio, donde la ética también se hacía presente, pero, a la vez, un campo mucho más preciso. Sin lugar a dudas, Verdad o Justicia no existiría como dilema si en Chile no se hubiesen violado, sistemáticamente, los derechos humanos de miles de personas durante la dictadura militar.

A fuerza de dicotomías como las anteriores, el balance de la experiencia chilena corre riesgo de abultar su apariencia desangelada. No es nuestro interés cosmetizar una trayectoria que, en su primera fase, alimentó un coro de insatisfacciones tanto en Chile como fuera de Chile. Más bien nos interesa ensayar una primera reflexión sobre la tensión existente entre Recuperación Democrática y Derechos Humanos. Despreocúpense, no vamos a preferir el camino politológico. No nos olvidamos que el propósito del panel es volver a revisar la inquietante relación entre planificación urbana, lugares testimoniales y sitios de conciencia. Inscrita dentro de la polaridad Ciudad-Memoria, desempacaremos nuestros argumentos apelando siempre a una contextualización sumaria. ¿Cuáles argumentos?, aquellos mayormente referidos a las memorializaciones presentes en el Santiago contemporáneo.

¿Una transición de destino único?: la impunidad

Avancemos sin ambages. No son pocos los que piensan que en el Chile de la recuperación democrática se instaló una impunidad tan generalizada como vergonzante. La ausencia de un juicio expeditivo a los militares que diseñaron y dirigieron la represión operaría como un recurso probatorio. La prueba estaría completa, cuando 10 años después, un Pinochet desaforado y procesado se retiraría de la vida política sin condena. Repito, sin condena.

Pero la impunidad en Chile habría extendido sus tentáculos mucho más allá del propio

Pinochet. Siempre habría estado presente como idea y su viscosa naturaleza nos remitiría a los diferentes intentos por legislar a favor de Verdad sin Justicia. Aunque hoy nos cueste encontrar a algunos de sus promotores originales, Verdad sin Justicia, como ustedes saben perfectamente, implicaba eximir de responsabilidades jurídicas a los victimarios con tal de aclarar el destino de las osamentas de las personas represaliadas.



Dicho de otro modo, los autócratas habrían cooptado a los demócratas perforando sus flotadores éticos sin que los segundos hicieran nada por evitarlo. Afortunadamente, la relación no es ni lineal ni tan vergonzante. ¿Cómo entender que las condenas por violaciones a los derechos humanos reportaban 24 condenados tres años antes de la detención internacional de Pinochet en 1998? Conste que en 2005 las condenas ya se elevan a 94.

Si nos concentramos en los procesamientos, en 1997 había 251 mientras que en 2004, 372. Tal como matiza José Samuel Valenzuela, parece ser que la detención internacional de Pinochet es una entre otras variables que nos permiten entender el incremento paulatino de procesamientos y sentencias. Hoy los procesados alcanzan a más de 450.



El nuevo binomio: justicia y memorialización

Visto en retrospectiva, y mientras el debate sobre Transición o Postdictadura permanece abierto para los analistas, Verdad o Justicia bifurcó en una fórmula insospechada: Justicia y Memorialización.

A diferencia de la demanda por Justicia, donde las organizaciones de derechos humanos confrontaron a los diferentes gobiernos en un abanico muy diverso de coyunturas, la demanda por memorialización es posible ubicarla en una zona de convergencia donde concurrieron las agendas, tanto de las organizaciones de derechos humanos como del propio Estado.

Concurrencia siempre tensionada por un ramillete de conflictos. Al igual y como ocurre en muchas experiencias, es casi imposible reportar un proceso de memorialización, con su correspondiente forma construida, sin conflictos. Por lo tanto, volviendo a la experiencia chilena, ¿Cuánto avanzó la memorialización si el conflicto estaba exiliado de la política y el consenso predominaba sin contrapeso? En los tiempos de la política sin conflictos la memorialización se mantuvo como una promesa de las organizaciones, pero su concreción en la ciudad fue marginal y casi siempre periférica. Si nos concentramos en aquellos proyectos de una escala mayor que la microscópica, para la década de los noventa contabilizamos dos en Santiago: el Memorial del Cementerio General, elevado en uno de los accesos del cementerio más importante de la ciudad, pero, en ese momento, sin un plan de modernización conocido (cabe consignar que el memorial es inaugurado en lo más profundo de las vacaciones, un 26 de febrero de 1994); y un Parque-museo construido en la periferia pre-cordillerana e inaugurado en marzo del 1997. El parque es de acceso público, pero su uso es reportado muchas veces como controversial por los residentes de asentamientos irregulares ubicados en su proximidad.



**Memorial Cementerio General de Santiago.
Inaugurado en 1991.**



**Corporación Parque por la Paz Villa
Grimaldi. Ex Cuartel Terranova, 1997.**

Actuaciones que se convierten en una política

Las relaciones entre política y derechos humanos, lo mismo que las relaciones entre ciudad y memoria, se ven alteradas con la administración de Ricardo Lagos^[3]. “Justicia en la medida de lo posible” fue reemplazada como *dictum* por “Las instituciones funcionan”. No parece una novedad substancial, tanto más si se trata de una frase que proviene de una sociedad habituada al lenguaje político indirecto, pero, traduciéndolo, Lagos estaba legitimando el accionar de jueces que reinterpretaban la amnistía de 1978. Las consecuencias fueron muy relevantes y explican que la plana mayor de los organismos represivos esté, hoy por hoy, casi

en su totalidad privada de libertad.

En segundo término, la expresión reconciliación perdió centralidad retórica. Los conflictos verificados en 1998-1999 con ocasión de la detención internacional de Pinochet, verdadera regresión psicológica al Chile de la Unidad Popular, adquirieron una expresión tan odiosa que minaron la credibilidad de su sola mención. Por lo demás, en la propia Iglesia Católica no se entendía la reconciliación sin una dosis muy importante y previa de justicia.

En tercer lugar, a Lagos le correspondió el papel de formular una política oficial de Derechos Humanos en la medianía de su gobierno (*No hay mañana sin ayer*). Aunque omitió la memorialización física como elemento reparatorio, sí pensó en los Derechos Humanos como parte fundamental “del desarrollo de la educación”^[4].

En cuarto lugar, a su administración le corresponde el mérito de haber escuchado, reconocido y recompensado a aquellas personas que, siendo agredidas física o psicológicamente por agentes del Estado, sufrieron sin consecuencia de muerte. Recordemos que el Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura estimó en más de 25.000 las víctimas calificadas. Siguiendo a Steve Stern, se trata de un guarismo que subestima una realidad mucho más abultada. Por ejemplo, la nómina de altos funcionarios estatales que no pertenecen al listado es significativa tanto cuantitativa como cualitativamente hablando.

En quinto lugar, aunque la mayoría de los proyectos de memorialización física se iniciaron, no concluyeron bajo su administración. Nos parece esencial mencionarlo. Más importante inclusive, es relacionar las obras de memorialización con la modernización urbana que Santiago desplegó en la mitad de su Presidencia. En nuestro criterio, su administración entendió dichas obras como parte de un emprendimiento de arte urbano. Arte urbano que dejó atrás la última periferia o los lugares predecibles y avanzó hacia el centro de la urbe, aunque su desembarco nunca dejó de ser conflictivo. Cabe recordar que el interés por el centro viene a continuar las políticas digitadas por Aylwin y Frei y que redundaron, durante toda la década de los noventa y hasta hoy inclusive, en un amplio plan de infraestructura (una red de metro atraviesa el centro apenas a 500 metros de otra línea paralela), equipamiento (se completa la reforma de la Plaza de Armas) y subvenciones para estimular la verticalización residencial de un área entendida como deprimida.



Memorial fotográfico en Puente Bulnes.

Más en específico, los proyectos materializados de memorialización física inauguraron una nueva presencia en la ciudad. Pequeños, y hasta minúsculos, su expresiva materialidad ya no quedaría más confinada a recintos de acceso restringido (cementeros o parques vallados) sino

que podía, por ejemplo, dislocarse hasta revestir un puente en franco estado de deterioro, o pretender instalarse, utilizando la transparencia del vidrio, en una zona de contigüidad a recintos militares en activo.



Mujeres en la Memoria, Metro Los Héroes.

Las nuevas materialidades, evidentemente, nos hablan de nuevas autorías, nuevos enfoques y una mayor movilización de recursos. La memorialización, entendida como arte público, hace parte de la cara pro-urbana del “urbanismo de Lagos” sin que eso nos lleve a olvidar su conocida preferencia por las infraestructuras para la automovilización particular.



Arte público en homenaje a Nattino, Parada y Guerrero, 2006.



Arte público en Villa Grimaldi. Rieles de Quintero.



Inauguración Memorial de Pirque, 2007

Que el rostro pro-urbano de Lagos empate con una fase de optimismo ciudadano, pero de pesimismo de los intelectuales criollos convocados a hablar de la ciudad de Santiago, es una paradoja que amerita nuevos asedios.

Finalmente, con Lagos se desarrolla una segunda línea de memorialización. Aunque su gobierno no podría ser acusado de “allendizar”^[5] las políticas de reparación simbólica, la figura

del presidente socialista está presente con la inauguración de una escultura en su homenaje y con la reapertura de la Puerta de Morandé 80.



Reapertura de Morandé 80.

Dosificado en gestos plausibles, su administración se verá multiplicada cuando Bachelet^[6] museifique el Salón Blanco de La Moneda, subsidie actos artísticos recordatorios de su personalidad y colabore activamente en la instalación de la Fundación Salvador Allende en un edificio fiscal entregado en comodato. Si sumamos todo lo anterior, sin aludir siquiera a lo que ocurre en provincias, no es extraño que la segunda mención honrosa en el Concurso Museo Nacional de la Memoria adopte la imagen de Allende como hito para su proyecto.



Lo notable del caso, prueba de una “allendización” capilar que se extiende por amplios sectores de la sociedad chilena, es que nadie objetó lo que podríamos entender como una colonización allendista de la imagen de un Museo Nacional.



Incluir a Allende como emblema del Museo obliga, como mínimo, a expandir sus límites más atrás del 11 de septiembre de 1973. Dicha ampliación, que significaría abrir una caja de pandora de consecuencias incontrolables para los promotores del Museo de la Memoria, no parece existir siquiera como alternativa. La suya es una operación recortada en un grupo, las víctimas, y también en el tiempo de una manera tan precisa como controversial.

El gobierno de Bachelet, la memoria y las memorializaciones: explorando más allá de las descripciones autojustificadoras

¿Qué podemos decir sobre el componente de memorialización física en la política de Derechos Humanos vehiculizada durante el gobierno de Bachelet? El reporte es predecible: a) Los proyectos se han multiplicado por la ciudad y su despliegue se justifica en una razón reparatoria, b) Su envergadura física les ha confirmado su visibilidad y centralidad al punto de ser considerados como parte activa de algunos recorridos patrimoniales, c) La mayoría de las iniciativas se concursan multiplicándose las autorías, en especial de artistas y arquitectos, d) Los concursos son financiados por la oficina de Derechos Humanos que depende del Ministerio del Interior y su materialización se establece de consuno con las organizaciones que los solicitan (a veces bajo la modalidad de adjudicación directa), e) Todos los proyectos involucran una dimensión artística, de alcance variable, pero en cuya metodología de creación colaborativa se suele incluir a los familiares de las víctimas y f) Al menos uno de los Concursos, que corresponde a un Monumento Histórico emplazado en un sector desfavorecido del Cementerio General de Santiago, fue convocado por el Consejo de Monumentos Nacionales y no por el Ministerio de Obras Públicas. La ampliación en el registro estatal de incumbencias es una materia importante aunque no hemos podido identificar todavía la presencia substancial de Municipios en proyectos de memorialización.



Londres 38. Ex cuartel Yucatán

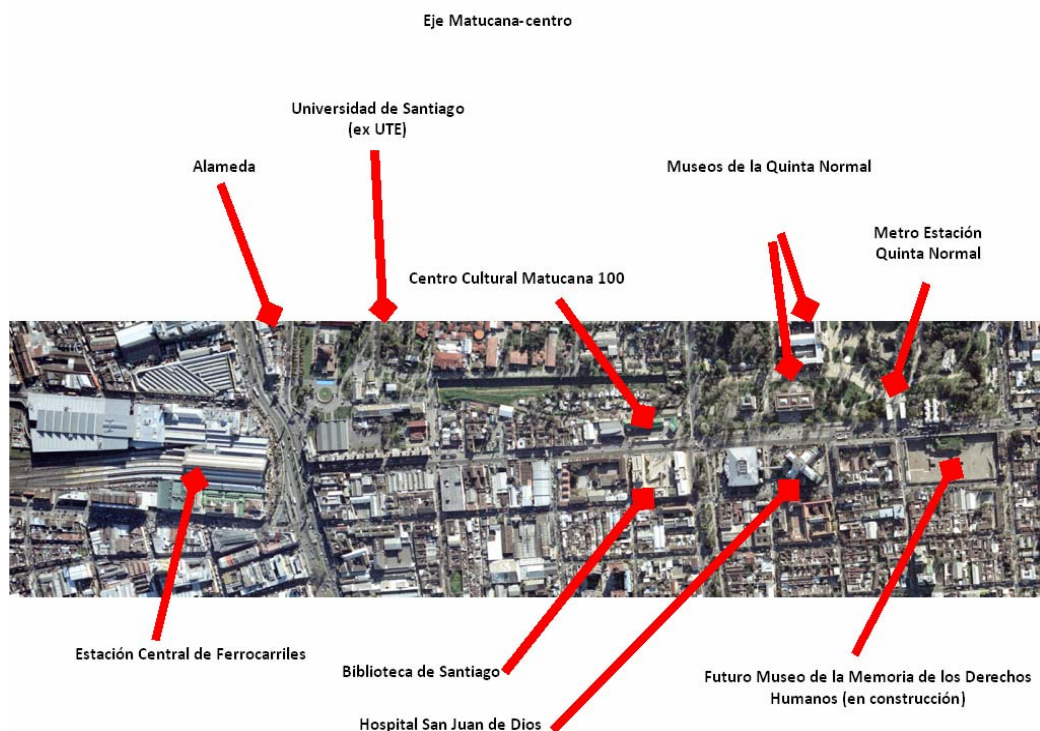
Hasta ahí nos mantenemos en el tono funcional que nos conduce, en exclusiva, a la descripción autojustificatoria. Desafilándonos de ese enfoque, podemos reiterar que los proyectos nos hablan de una concomitancia fundamental. Estado y sociedad civil se articulan en iniciativas conjuntas que no obstante fricciones puntuales y retrasos de toda índole, terminan inaugurándose. O sea, Estado y organizaciones de derechos humanos, en especial la correspondiente a Detenidos Desaparecidos y la de Ejecutados Políticos. A diferencia de Argentina, en Chile las organizaciones han mantenido su unicidad.

Una segunda tendencia observable es el interés de Bachelet por proseguir lo diseñado por Lagos aunque debe lidiar con la crisis de las identidades equivocadas del Patio 29^[7] y con el escándalo de los beneficiarios injustificados. Pese a todo, Bachelet persevera. No por nada vivió en carne propia la represión y busca, individualmente, procesar su propio trauma. Más recordaciones físicas se edifican con fondos públicos (de diverso origen), bifurcándose en lugares testimoniales, donde la cultura militante es fuerte, como en sitios de conciencia. Ambos, se inscriben en una lógica patrimonial más amplia que inclusive los catapulta a la condición de hitos visitados durante el día del patrimonio. Como por ejemplo, el ex cuartel “Yucatán”, actual Londres 38.

Una tercera tendencia, se refiere al interés por avanzar en la socialización cotidiana de los valores que el respeto a los derechos humanos debiera concitar. Ya no sólo se trata de recordar simbólicamente frente a una forma construida de carácter singular. La figura del Museo entra en escena. Precisamente, estamos a meses de la inauguración del Museo de la Memoria también llamado Museo de la Memoria de los Derechos Humanos. Mientras su edificación y el diseño de la muestra avanzan —como se imaginarán, se trabaja aceleradamente para que el Museo sea inaugurado antes que acabe el gobierno y, por lo tanto, antes de un eventual término del ciclo concertacionista— en paralelo se construye, también en Santiago, una biblioteca-centro cultural dedicada a casi los mismos fines que el Museo de la Memoria, pero con menos prestancia museográfica. La casa de José Domingo Cañas, se nos informa, corresponderá a una biblioteca.

Finalmente, y fundamental para lo que nos interesa hoy es reflexionar sobre el proyecto urbano que acoge una obra puntual. A nuestro juicio, uno de los principales atributos del Museo de la Memoria es su inserción en tanto pieza de un corredor mayor. El Museo, cuya arquitectura neo-moderna carece de aspavientos manieristas, prolonga un eje de bienes públicos y

arquitectura de vanguardia que alterna hospitales, la Universidad de Santiago (ex UTE), bibliotecas, liceos, museos, centros culturales y zonas parqueizadas.



Remate lateral del Microcentro, el eje cultural Matucana puede cambiar la geografía de las oportunidades para todo el costado oeste de Santiago. Sector que, desde antes de la dictadura, conoció la lucha de los sectores populares urbanos de un modo superlativo. No por nada la herencia inclusiva de Víctor Jara^[8] se nos viene a la memoria cuando hablamos de la zona oeste de Santiago. En 1972, su álbum *La Población* prestaba atención a un niño de esa periferia pobre, pero con esperanza:

“...frágil como un volantín
en los techos Barrancas
jugaba en el niño Luchín con sus manitos moradas
con el gato y con el perro
el caballo lo miraba...”

Esperanza que es igual a la que muchos tenemos respecto al corredor Matucana, esperanza que no es muy distinta a la de Jara en 1972 cuando cantaba, más adelante:

“Si hay niños como Luchín
que comen tierra y gusanos
abramos todas las jaulas
pa' que vuelen como pájaros”.

Notas

[1] Patricio Aylwin Azócar fue Presidente de Chile durante el período comprendido entre 1990 y 1994.

[2] Eduardo Frey Ruiz-Tagle fue Presidente de Chile durante el período comprendido entre 1994 y 2000.

[3] Ricardo Froilán Lagos Escobar fue Presidente de Chile durante el período comprendido entre 2000 y 2006.

[4] http://www.lanacion.cl/p4_lanacion/antialone.html?page=http://www.lanacion.cl/p4_lanacion/site/artic/20030812/pags/20030812212921.html?0.5?0.5

[5] Salvador Allende. Político chileno. Uno de los fundadores del Partido Socialista de su país, en el que ocupó el cargo de secretario general desde 1943 hasta 1970, cuando fue electo presidente en su carácter de candidato de una alianza integrada por socialistas y comunistas. Su gobierno constituyó el primer caso de la “vía pacífica al socialismo” en América Latina, impulsó políticas de nacionalización de empresas y de la producción y estimuló el consumo a través del aumento salarial y el congelamiento de precios. El 11 de septiembre de 1973 fue derrocado y murió resistiendo el golpe militar del general Augusto Pinochet, que contó con el apoyo de los Estados Unidos.

[6] Michelle Bachelet es la actual Presidenta chilena. Su mandato comenzó el 11 de marzo de 2006.

[7] En septiembre de 1991 comenzó la excavación de tumbas NN en el Patio 29 del Cementerio General que fuera utilizado como lugar de sepultura ilegal de ejecutados políticos durante la dictadura militar.

Los cuerpos encontrados fueron remitidos al Servicio Médico Legal, que luego de dos años pudo iniciar la entrega de los restos a los familiares.

Tras varias denuncias y sospechas por errores graves en la tarea de identificación, en 2006 el Servicio Médico Legal admitió, luego de la intervención de la Justicia, que al menos 48 de las 96 víctimas fueron mal identificadas y que en otras 37 no existe seguridad de su identidad.

[8] Víctor Jara fue un músico, cantautor y director de teatro chileno. Procedente de una familia campesina de Ñuble, se convirtió en un referente internacional de la canción reivindicativa y de cantautor. Fue torturado y asesinado en el antiguo Estadio Chile (actualmente Estadio Víctor Jara) por las fuerzas represivas de la dictadura de Augusto Pinochet, que derrocó al gobierno de Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973.

Memoria y Ciudad: la transformación de espacios urbanos

Preguntas del Público

Para Adrián Gorelik: Usted dijo que había una diferencia entre la ciudad-memoria que planteaba Pablo Sztulwark y la ciudad que planteó usted, que es la ciudad como conflictos de memoria. ¿Cuál es esa diferencia?

Para Pablo Sztulwark: En relación a la diferencia entre los conceptos de ciudades que plantearon Pablo Sztulwark y Adrián Gorelik. ¿Los conflictos inherentes a la memoria en las ciudades contemporáneas deben ser dirimidos?

Para Gonzalo Cáceres: En relación al Eje Matucana al que hacías referencia hacia el final de tu presentación. Este Eje que agrupa a la biblioteca, que ya está en pleno funcionamiento, al Museo que se está construyendo, al hospital, a la Universidad y a una población marginal de talleres y mercados y vivienda popular ¿tuvo alguna planificación?

Respuestas

Adrián Gorelik: En primer lugar, Pablo Sztulwark planteó que la ciudad es el espacio de la memoria. Yo intento mostrar que existe una relación muy conflictiva entre memoria e historia y que la ciudad es el lugar de la historia. Aunque también, la idea de memoria social de Halbwachs, es la de una memoria que, como bien describió Pablo Sztulwark, se está construyendo en tiempo presente. Sin embargo, la definición de memoria que da Pablo impide fijar sentidos y yo creo que la memoria también es una lucha por la fijación de sentidos.

En segundo término, la definición de ciudad que da Pablo (con la que realmente yo coincido), si se lleva al extremo, si tiramos los hilos de la lógica implícita en esta idea de ciudad, nos encontraremos en una situación en donde se eludiría la discusión de los valores. No estoy diciendo que el conflicto deba dirimirse porque esto implicaría una autoridad que no es posible que exista. No existe autoridad de las memorias. Pero me parece que con la idea de que todas las memorias pululen, se construyan y destruyan permanentemente, finalmente se elude la discusión de valores. Y creo que es muy importante esta discusión, creo necesario dar esta lucha por los valores: sin tener una idea autoritaria de valor, teniendo la idea de valores provisorios, valores en permanente construcción, valores que van cambiando con la sociedad y con cada uno de sus individuos. Porque insisto, la memoria también necesita momentos de fijación colectiva de sentido. Sin esto, es simplemente el paso del tiempo, parecida a esa definición nihilista de la historia: "Una maldita cosa detrás de otra". Me parece que la historia también necesita que, como colectividad, fijemos sentidos.

Esta es la diferencia que veo entre nuestras presentaciones. Pero es una diferencia que surge extremando las posiciones.

Pablo Sztulwark: El problema que yo veo es que me parece que Adrián Gorelik está hablando a partir de ciertas cosas implícitas del discurso, y entiendo desde dónde las está planteando. Pero no estoy de acuerdo con los implícitos que él lee en mi discurso. Creo que la idea de

construcción de la memoria como construcción permanente no deja de fijar sentidos provisorios. Pero a su vez, me parece que la fijación de memoria, desde el punto de vista histórico, siempre está ligada a instituciones u organizaciones que lo puedan hacer. Pero como yo lo veo, en esta lucha por el sentido en la sociedad contemporánea, las instituciones posibles con las que se podría pensar esto están completamente arrasadas por los sentidos de flujo a los que estamos sometidos todo el tiempo. Cuando visité Auschwitz y vi el parque temático que allí se armó, tuve clara conciencia de que no hay forma de luchar contra los mecanismos de espectacularización que no implique una problematización constante de las memorias. Mecanismos que no existen solamente en los temas de la memoria sino que están presentes en la vida actual y rigen cuestiones culturales, económicas, sociales que vivimos todos los días. Desde siempre se ha espectacularizado. No veo porqué tener una posición crítica sobre las maneras de construir memoria se contraponen a lo que expuso Adrián Gorelik. Lo que sí veo es que Adrián parte de un relato que ilusiona con poder construir formas de control y de construcción permanente en una sociedad en donde todo el tiempo se están cambiando los sentidos. El compromiso me parece que tiene que ser con la lucha más que con la consolidación.

Gonzalo Cáceres: Detrás del horizonte proyectual referido a la idea de “memoria justa”, uno podría ir acercándose a la idea de “ciudad justa”. De esta manera se pueden rescatar varias cuestiones que, en el debate de los últimos tiempos sobre planificación urbana, pasaron inadvertidas. En primer lugar, se puede rescatar la idea de orientación proyectual, una cuestión básica que se elude permanentemente por el presentismo de la intervención urbana más neoliberal. Entonces cuando se habla de “memoria justa” se trae a la discusión sobre las memorias la cuestión que tiene que ver con la educación, con el futuro. La ciudad como un aula cívica donde concurren y divergen múltiples actores y que tiene una de sus condensaciones en el museo, que también puede ser entendido como una figura móvil, que ha significado cosas muy distintas a lo largo del tiempo.

Con respecto al Eje Matucana, que no es llamado así por parte de los funcionarios públicos en Chile, se trata de una especie de acumulación de obras dispersas que no tiene planificación urbana. Ha sido el resultado de actuaciones que convergieron sin ninguna planificación. Yo mostré una imagen un tanto idílica. Si escrutáramos atentamente sus sentidos, advertiríamos que hay partes importantes de este corredor que no pueden ser objeto de una mirada optimista. Si nosotros posáramos la vista en el Eje Matucana advertiríamos algunas cuestiones referidas a la idea de “ciudad justa”.

La primera, es que el Eje Matucana busca transformar la geografía de las oportunidades, para poder ir mitigando la idea de ciudad segregada. La construcción de un eje cultural, y no sólo cultural sino también simbólico expresivo, en esta porción del centro de Santiago de Chile intenta paliar este déficit. Probablemente lo haga siempre de una forma provisoria.

En segundo lugar, que en este Eje Matucana esté instalado el Museo de la Memoria incorpora otros desafíos a una “ciudad justa”, que debiera portar esta “memoria justa” significada en el Museo. No veo claramente que esto se encuentre en la agenda de los que ahora están desarrollando el Museo. No se están cumpliendo algunas de las prerrogativas básicas. En ese sentido, creo que la función social del intelectual se trata no sólo de fungir como un aguafiestas en torno a las memorias militantes sino también de incorporar permanentemente una mirada

reversionista con respecto a estas memorias. Creo que el Museo de la Memoria está tomando sólo una memoria militante. Me parece bien que esto ocurra siempre y cuando exista un marco para la discusión. Pero el Museo está tomando esta memoria militante a partir de una figura irrefutable: la figura de Allende. Detrás de su monumentalidad, del cono de sombra de su monumentalidad, todo el mundo tiende a callar más que a discutir.

Me parece que si el Museo comienza haciendo reverencia de ese pasado monumental, lo único que ocurrirá es que la memoria del Museo, que se presenta como nacional, sólo abarque los acontecimientos del 11 de septiembre de 1973 hasta el 10 de marzo de 1990. Éstos serán los únicos acontecimientos, el territorio monopolístico del Museo. Todo lo que quede por fuera de este período quedará vaporizado. Esto, me parece que en este momento en Chile, es una operación de olvido. Porque, por ejemplo, hoy en Chile el problema más acuciante con respecto a los derechos humanos tiene que ver con los derechos de la comunidad mapuche. Por lo tanto, si el Museo opera únicamente como reservorio de una memoria militante, que tiene que ver con el período de la dictadura en Chile, borraría todo lo demás, hacia atrás y hacia adelante. Esto me parece un exabrupto y un error a futuro.

Monumentos: una forma de memorialización en la ciudad

Concurso Internacional para la Construcción de un Monumento a la Memoria de las Víctimas del Holocausto Judío

Primer premio: Sebastián Marsiglia y Gustavo Nielsen, Arquitectos.

Recordar es una actividad vital que da identidad a nuestro pasado y define nuestro presente. La memoria es selectiva: un complejo sistema dialéctico entre el olvido y el recuerdo. Las memorias personales y las memorias sociales están siempre sujetas a construcción, a negaciones, a represión. Son borrosas e imperfectas; no permanentes. En las sociedades modernas, la memoria colectiva se negocia en los valores, las creencias, los rituales e instituciones del cuerpo social.

Los museos y monumentos de la Shoah mantienen siempre una especie de contradicción de tamaños entre el espacio representativo, metafórico, generalmente enorme, y los objetos a exhibir, casi siempre de pequeño formato. Peter Eisemann denuncia la falta de diálogo entre ambas proporciones en el discurso escrito para su memorial urbano en Berlín. La ampliación del Museo Judío de Libedskin es genial pero no resuelve el conflicto: tiene gigantescos vacíos irregulares que relatan plásticamente y con suma efectividad la angustia de la existencia y el tema de la muerte, pero cuando esos espacios son ocupados por objetos domésticos rescatados de los campos de concentración, el arquitecto se ve obligado a recurrir a vitrinas de lo más ortodoxas.

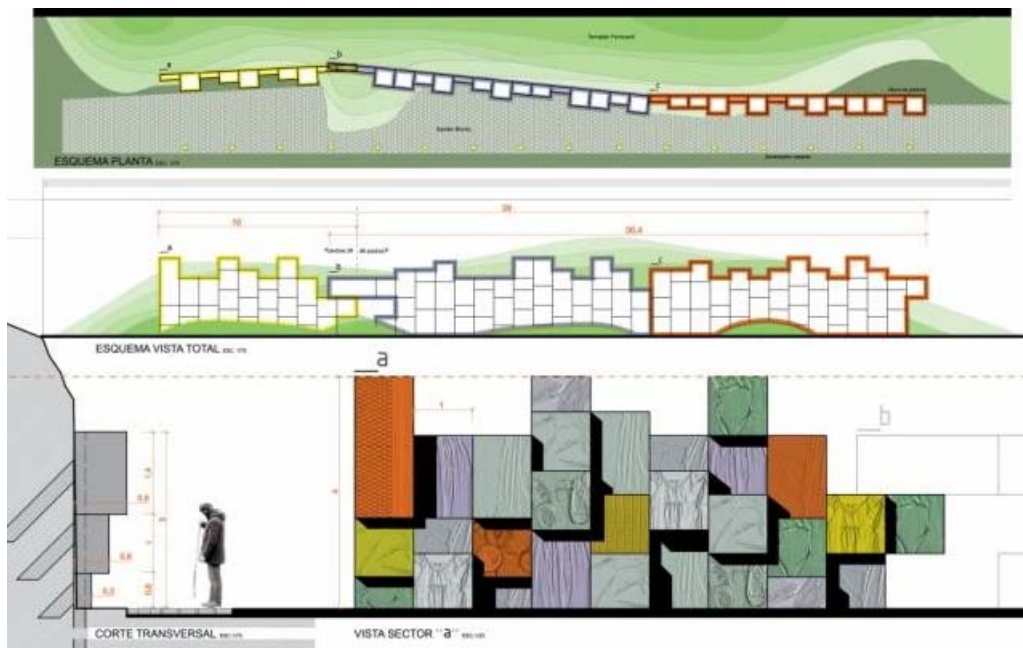
El caso es que la presencia de estos sencillos objetos (valijas, cartas, fotos, zapatos, utensilios, ropas, libros) es fundamental porque decanta la memoria social en memoria individual, nos habla de personas como nosotros, pero que dejaron de existir en medio de atroces castigos: persecución, tortura, vejaciones, cárcel, fusilamientos. La actualidad de la presencia de estos objetos, parecidos a los que todos nosotros utilizamos diariamente, es una indicación del peligro de que la catástrofe puede ocurrir de nuevo, en cualquier momento, en cualquier sociedad. La visualización de estos objetos tristes es fundamental para entender el Holocausto.



Nuestro proyecto opera mediante un sistema de piedras que llevan impresas la huella de objetos cotidianos: paraguas, libretas, vajilla, ropa, etc. Estas impresiones se realizan por vaciados de hormigón directamente sobre esos objetos. La operación estropea, destruye al objeto. La huella rescata el perfil icónico como metáfora del elemento que desapareció en la impresión.

Una huella es una señal que deja el hombre en su paso por el mundo, un rastro, el vestigio de una civilización. El negativo de esos objetos cotidianos sobre la piedra conforma una especie de fósil urbano de alta sugerencia. Son una colección que delata la vida humana a través de los objetos, pero dejándolos a un lado.

Las piedras estarán apiladas conformando un muro. Son 114 paralelepípedos de hormigón armado de un metro de frente por alturas y anchos variables. Las alturas fluctúan entre los sesenta centímetros y el metro cuarenta. Los anchos son tres: treinta, sesenta y noventa centímetros. Los colores también varían sutilmente: el hormigón estará, en algunos casos, pigmentado.

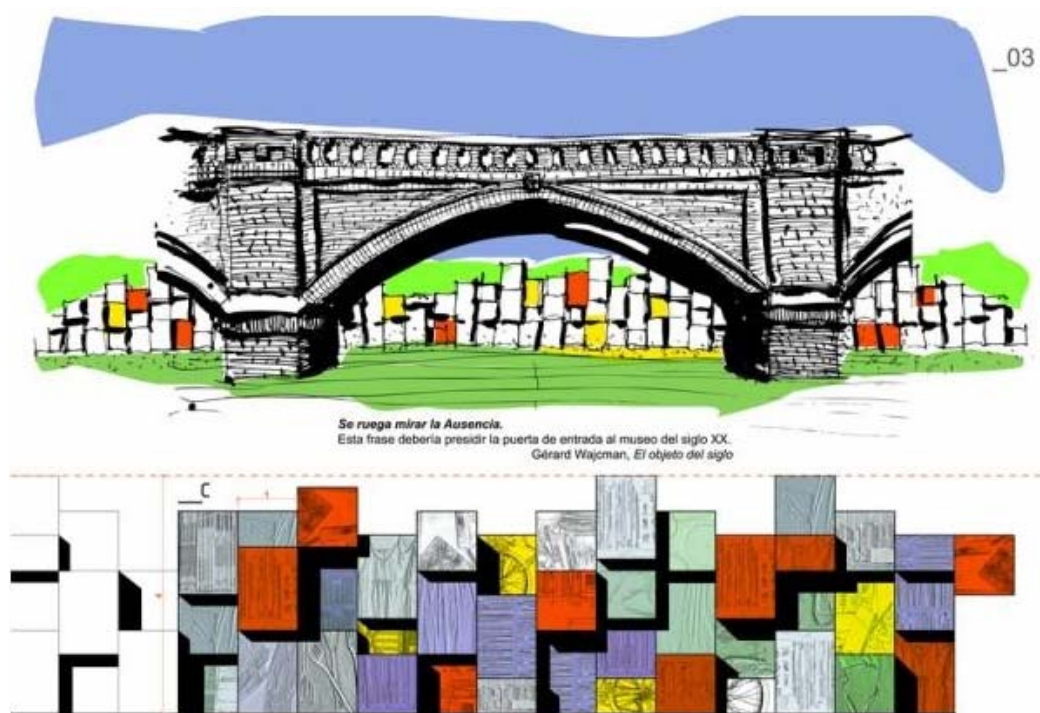


Las piedras serán exhibidas como reliquias e iluminadas como esculturas. Cada piedra contendrá la huella de un sólo tipo de objeto. Si se trata de utensilios, el hormigón será colado sobre cucharas, cuchillos, tenedores, platos, jarras, budineras. Si son elementos de aseo, la colada se realizará sobre peines, peinetas, cepillos, broches, afeitadoras. En el caso de ropa se considerarán calzados, almohadones, cinturones, camisas, vestidos, carteras, anteojos. Para que el monumento sea aún más apropiable por la colectividad, se aceptarán donaciones de objetos con la intención de armar este rompecabezas existencial. Los objetos tendrán su tamaño real.

La colección de ausencias realiza una transferencia de memoria al hacer pasar la memoria muerta de los objetos idos hacia la memoria viva de los paseantes. El paseante será quien recuerde la memoria de una ciudad, de cientos de existencias. Una operación de deshielo para la petrificación de los recuerdos. Aprendiendo de Jochen Gerz hemos intentado hacer un

monumento que recuerde el olvido.

El muro tiene treinta y nueve metros de largo por una altura máxima de cuatro metros, y está incrustado sobre el terraplén del ferrocarril que acompaña la avenida Dorrego. La idea es que no tome una posición central sino que indique un recorrido, acomodándose al entorno del Paseo de la Infanta. En esto también coincidimos con el pensamiento de Jochen Gerz sobre la desnaturalización de los monumentos urbanos. El monumento que nosotros diseñamos será visible desde la Avenida del Libertador y desde los arcos de la Infanta, pero no ocupará el predio de una manera central, sino disimulada. El monumento aquí pasa a tener el formato más modesto de un mural apaisado. Los paseantes circularán sobre una plataforma de garden block, lo que da un aspecto final de piso verde, vivo.



La iluminación nocturna es rasante, desde el solado, por lo que la gente que visite el monumento por las noches cortará los haces de luz al pasar, provocando sombras humanas sobre las piedras, en una participación involuntaria y espontánea.

Como artistas nos interesan las relaciones entre nuestra existencia y la existencia total, las conexiones entre el ahora y lo que pasó. Por eso este monumento de aspecto moderno no sólo se refiere a la Shoah. El muro está fragmentado en dos partes. La primera contiene solamente 29 piedras, la cantidad de víctimas del funesto atentado a la Embajada de Israel en la Argentina. La segunda mitad está fabricada con 85 piedras, el número de víctimas de la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina).

La metáfora es la de la memoria impresa en la piedra. Cientos de memorias individuales que arman el avatar colectivo de un pueblo. Huellas para el recuerdo.

Arquitectura, Sitio y Memoria:
una reflexión sobre la inserción de la arquitectura y el Parque de la Memoria en el paisaje urbano costero de Buenos Aires.

Alberto Varas

La ocupación de terrenos vagos, como los que rodean los pabellones de la Ciudad Universitaria^[1], la reinserción urbana de fragmentos monofuncionales como el campus universitario, y la reconstrucción del paisaje urbano contemporáneo de la ciudad son parte de los nuevos problemas que afronta Buenos Aires, junto a la renovación de sus infraestructuras y a la reconstrucción de los intersticios del tejido urbano en los barrios consolidados de la ciudad.



Terrenos en los que se emplazaría el Parque de la Memoria.

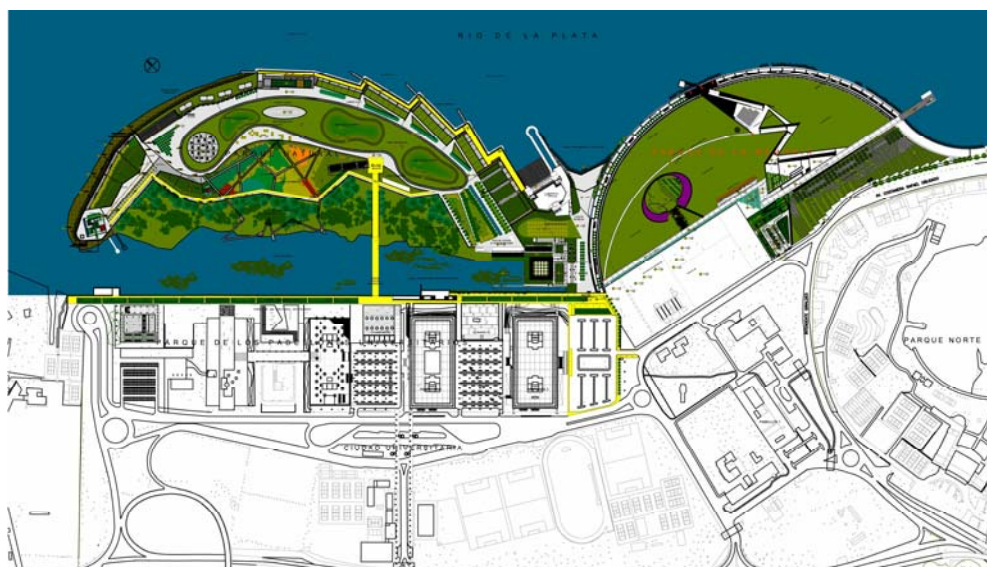
En Buenos Aires ahora se están iniciando las necesarias intervenciones contemporáneas sobre su paisaje urbano y natural, sobre su costa y sobre sus nuevos espacios abiertos.

La concepción estereotipada de que las grandes intervenciones paisajísticas de fin de siglo pasado y principios del presente –los Bosques de Palermo o la Costanera Sur^[2]– podían o debían ser imitadas sólo hubiera conducido a una nostalgia por el pasado que hubiera reflejado una falta de confianza en el futuro de nuestra ciudad.

Estas áreas aledañas a la Ciudad Universitaria, por su proximidad con actividades masivas o por la carencia de espacios abiertos accesibles para el público en general, están siendo recreadas, con respeto por el medio ambiente natural, y tratadas de manera que puedan ser libradas al uso y goce del espacio urbano contemporáneo que los ciudadanos tanto reclaman.

Para que este reclamo pueda ser cumplido, las intervenciones de diseño paisajístico y urbano deben permitir una reconsideración de la relación entre lo natural y lo artificial en la que la convivencia entre la vida urbana y la vida en contacto con la naturaleza -o con su representación- se convierta en uno de los valores de la cultura de la ciudad y no vaya uno en detrimento del otro.

Por esta razón, los parques proyectados en el Área de la Ciudad Universitaria tratan de encontrar un equilibrio entre la presencia de la naturaleza -el paisaje natural- y la presencia de la ciudad con sus infraestructuras, usos recreativos, arquitectura y paseos públicos, pero sobre todo -como en toda intervención de gran escala-, tratan de resolver la identidad del sitio dentro de una concepción que valore ajustadamente los elementos naturales, como factor pedagógico, incluyendo aquellos elementos de uso, programas arquitectónicos, recreativos y educativos que, conviviendo con lo urbano, constituyan el punto de partida para la creación de la urbanidad contemporánea: un nuevo espacio público.



Planta general de los Parques de Ciudad Universitaria

Arquitectura y memoria

Entre las muchas virtudes que se le reconocen a la arquitectura, si alguna virtud predomina en nuestra época, quizás sea la de su carácter material, el hecho de ser un texto cultural estable.

En una sociedad que ha sido calificada de "líquida" por la fluidez con que se desdibujan los significados, los discursos y los hechos de la historia, la arquitectura, muchas veces, tiene la virtud de fijar los mojones que hacen de las ciudades una de las creaciones más significativas de la historia humana

No es que las ciudades permanezcan inmóviles, también son organismos en permanente mutación. Sin embargo, las huellas de la evolución humana que se materializan en los edificios y los espacios urbanos conforman capas que, como enseñan la geología y la arqueología, permiten reconstruir el paso del tiempo.

Monumentos

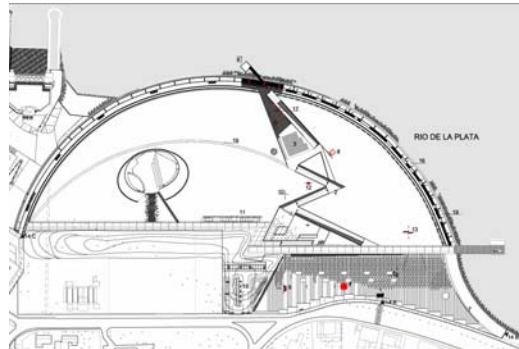
El monumento es el lugar por excelencia en el que se deposita un momento de la historia, es el sitio de la memoria materializada en el que el tiempo se detuvo figuradamente para traer a la memoria un hecho trágico o extraordinario.

Se puede imaginar el transcurso en la ciudad como un gigantesco metrónomo que late al ritmo de la vida que alberga y que al pasar por un monumento se detiene por un instante, obligándonos a dirigir nuestra atención hacia un hecho que no debe ser olvidado. Se crea así, en ese momento, un embrión de la memoria que se sumará al de miles cuyos metrónomos se detendrán en ese u otro instante.

El Parque de la Memoria

En cuanto al Parque de la Memoria, uno de los mayores desafíos del proyecto es la recuperación para el uso público y para un programa de Memoria, de un vacío tan importante, con un tan alto grado de deterioro territorial, como el que tenía el borde ribereño de la Ciudad Universitaria y sus áreas aledañas, y el beneficio social que puede obtenerse de una intervención como la que se plantea, si se tiene en cuenta el papel emblemático del uso social del territorio.

La incorporación estratégica del Parque de la Memoria en el proyecto aporta una referencia de significado que dota de “historicidad” a una zona que ha sido un borde anónimo de la ciudad y testigo presencial de las horas más trágicas de la historia argentina.



Parque de la Memoria y el Monumento como una “herida” que llega hasta el río.

El Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado

Ha sido esencial en la formulación de los Parques de Ciudad Universitaria la decisión de incorporar en su programa, como elemento fundamental, los monumentos referidos a sucesos desgraciados de la historia argentina reciente cuya memoria se ha incorporado al diseño del Parque de la Memoria y del Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado insertándolos como elementos generadores de una costa reciclada de escala monumental.

La idea de tematizar estos territorios indefinidos mediante un tratamiento paisajístico acorde con la presencia del Monumento, planteó otro gran desafío en el proyecto de los parques: la forma de dotar al espacio urbano y al borde costero de una escala y una naturaleza acorde a su nueva dimensión significativa.

Puede ser útil a este respecto recordar un párrafo del texto referido al Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado que acompañó en su momento, en el año 1998, la presentación del proyecto de los Parques de Ciudad Universitaria. Allí se decía:

“El monumento se asienta sobre un prado creado artificialmente, en una zona de relleno ganada al río.

Es un área definida por una pequeña colina completamente desnuda, libre de toda vegetación o forestación.

El Monumento es, en sí mismo, un corte, una herida abierta en la colina.

A través de la intervención paisajística, de los trazados y de la trabajosa y lenta construcción de la colina artificial que se propone, se recrea el esfuerzo necesario para la construcción de una sociedad y un Estado no violentos, y, también, la herida causada por la violencia ejercida y el ideal de pureza y la esperanza encarnados en el prado libre de vegetación.

Los nombres se asientan sobre estelas de pórfido a lo largo de un recorrido que comienza en una de las plazas de la zona del Rectorado de la Universidad y termina sobre el río, en la Rambla de los Monumentos.

Se trata de un recorrido en rampa, procesional, que lleva a los lugares de los nombres de cada uno de los desaparecidos o asesinados.

En el centro del recorrido está emplazado el Centro de Información. Un salón de usos múltiples de aproximadamente 900m² equipado con las características de un pequeño museo donde a través del arte, la investigación y las reuniones públicas se mantendrá viva la memoria colectiva.”



El Parque de la Memoria de Buenos Aires y el Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado son obras ofrecidas a los ciudadanos argentinos, que han conocido los trágicos orígenes que motivaron su construcción, como un instrumento de catarsis, como materialización de la memoria. Pero también, como otros grandes memoriales del mundo, se

ofrece a la humanidad, por la dimensión universal de su significado, como una contribución de nuestro país, en el campo de la arquitectura y de las grandes intervenciones territoriales contemporáneas, como una pieza urbana de gran contenido.

En este aspecto es el alcance universal de la obra, lo que la coloca en un diálogo con las grandes arquitecturas de la memoria

El Monumento forma parte del paisaje, del cielo y del río, y a la vez, configura ese paisaje. Allí donde alguna vez se arrojaron personas al río y donde el territorio no existía, se creó un paisaje de rememoración y contacto con las cosas más permanentes de la existencia: la tierra, el agua, el horizonte, la ciudad, las cosas que no pueden ser removidas y que son los materiales de la arquitectura del Monumento y el Parque.

El Monumento no es grandilocuente, está engarzado en el suelo mismo de la ciudad y recurre a las sensaciones espaciales comunes de los habitantes de Buenos Aires: las vistas al río, la horizontal del horizonte, los cambios más o menos bruscos de la ciudad (aunque hay cosas que no podrán cambiarse nunca de lugar).

El Monumento se apodera del río, de los horizontes urbanos, de los ruidos y del silencio...

El Monumento, el Parque y el paisaje se han fusionado así en una misma y única visión.



Notas

[1] La Ciudad Universitaria es un campus de la Universidad de Buenos Aires en donde funcionan varias facultades. Se encuentra ubicada frente al Río de la Plata en el barrio de Belgrano en la zona norte de la ciudad de Buenos Aires.

[2] Los bosques de Palermo conforman una zona verde de 25 hectáreas con arboledas, lagos artificiales y rosadales. En esta parte de la ciudad se encuentra el Planetario, el Jardín Japonés, el Jardín Zoológico y el Jardín Botánico. Es considerado el pulmón de la ciudad de Buenos Aires. La Costanera Sur es un área de paseos frente al Río de la Plata en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires. En terrenos ganados al río existe hoy una Reserva Ecológica.

Monumentos y Museos: la transformación de espacios urbanos

Pregunta del Público

Para Gustavo Nielsen. ¿Los bloques de hormigón del Monumento a la Memoria del Holocausto van a ser de distintos colores?

Respuestas

Gustavo Nielsen: Las piedras van a estar pigmentadas. Estas son cosas que estamos aprendiendo a hacer sobre la marcha. Estamos reuniéndonos con especialistas en hormigón, porque no es lo mismo colar el hormigón sobre un elemento como puede ser una botella, que puede ser de vidrio, que puede ser de plástico, o sobre un objeto poroso como puede ser un libro. De todas maneras los objetos después se destruyen. Inicialmente van ser pedidos a la colectividad judía. Pero van a exceder a la comunidad, muchos objetos van a ser míos, de mis amigos. También hay una parte del presupuesto que está destinada a adquirir objetos.

Como decía, estos bloques van a estar pigmentados con distintos colores. Por más que este tipo de monumentos esté dirigido a recordar hechos terribles de la historia, no hay que olvidarse que van ser parte de la ciudad, formarán paseos. A pesar de que uno se conmueva mucho con esto –este es un proyecto que yo quiero mucho– me gustaría que se viera con más naturalidad. La gente va a pasear por el lugar. No quisimos dejar al monumento todo gris. Siempre lo pensamos como una especie de collage, que pueda jugar con varios colores. Una cosa más plástica si se quiere.

Pregunta

Para ambos, de Adrián Gorelik. Me interesa poner en evidencia distintas perspectivas de los dos monumentos. Creo que los dos monumentos tienen explícitamente una actitud diferente respecto a la relación con la ciudad y con lo cotidiano. Gustavo Nielsen planteaba el deseo de que el monumento se viera con naturalidad, que también sea un lugar de esparcimiento. El Monumento del Parque de la Memoria tiene una carácter más severo donde la vinculación con el territorio no tiene que ver con una confusión o mezcla indiferenciada con el paisaje sino con la posibilidad de arraigarse, pero al mismo tiempo de crear un espacio fuertemente diferencial.

Estas distintas perspectivas, creo, se enmarcan dentro de un debate más amplio en el que la sociedad occidental está inmersa después del holocausto: ¿La memoria tiene que trabajar a favor o en contra de la naturalización? Creo que el Monumento a las Víctimas del Holocausto se acerca más a la perspectiva de la naturalización en la ciudad. El monumento del Parque de la Memoria busca romper con la naturalización, busca crear un lugar excepcional, un lugar severo en donde uno tome distancia para poder pensar sobre aquello que merece un momento distinto en relación al ritmo de la ciudad.

Respuestas

Gustavo Nielsen: No creo que el monumento que presenté se enmarque dentro de la perspectiva de naturalización en la ciudad. Porque no están mostrados los objetos, se muestra

la huella que deja un objeto en un elemento que es mío, de los arquitectos: el hormigón. El hormigón es un elemento muy noble, muy bueno para construir lo que no se debe olvidar.

Alberto Varas: Me resultó muy interesante la reflexión de Adrián Gorelik acerca de la naturalización de la memoria. Creo que en el fondo tiene que ver con la estabilidad del significado que se le agrega a las cosas. Nosotros, como arquitectos, nos manejamos con elementos duros, pero igualmente surge el problema acerca de cómo permanecen las cosas. La sociedad contemporánea es una sociedad astuta, en el sentido de que nos hace creer que hay ciertas cosas que son permanentes cuando en realidad no lo son. Y si hay algo que podemos saber –cada día podemos saber menos cosas– es que cualquier producto de esta sociedad va a ser absorbido por esta fluidez del consumo cultural y físico de las ciudades. Quizá sobre lo que debemos pensar es sobre cómo respondemos a esta forma de fagocitar de la ciudad contemporánea, porque no fagocita sólo la memoria, fagocita todo.

Entonces, creo que la participación en estos tipos de monumentos es suave (soft). Pero los arquitectos nos manejamos con una cierta estabilidad de los elementos –antes se hacía mención al hormigón– que es quizá la ventaja de la arquitectura, su estabilidad, su gravedad. Me parece que este hecho determina la característica del monumento. Yo creo que debemos ser lo más leves posible para ser contemporáneos, pero teniendo el cuidado de que esta levedad no implique la naturalización de la memoria. Esto es lo más difícil.

Experiencias de tratamiento de los espacios en sitios recuperados

Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, Ex Centro Clandestino de Detención “D2”

Natalia Ferrero y Camila Iglesias

Marcas para Recordar

El Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba abrió sus puertas en marzo del 2007, tomando posesión -según lo establecido por Ley 9286- de los edificios que fueron sede del Departamento de Informaciones de la Policía (D2) y funcionaron como Centro Clandestino de Detención (CCD) en la década del 70. Se encuentra ubicado en el centro de la ciudad de Córdoba, a metros de la plaza principal, frente a la Catedral y al costado del Cabildo.

El objetivo del Archivo es configurar una Red de Memorias entre los distintos Centros Clandestinos de Detención de Córdoba, La Perla, D2 y Campo La Ribera, generando programas y proyectos estratégicos, según su localización, otorgándoles a cada uno un rol acorde a su implantación en el territorio y su escala.

Creemos que la mejor manera de abordar el tema de la Memoria y sus usos es dando respuesta a una necesidad que surge de la sociedad, proponiendo un espacio de trabajo que sirva no sólo para recordar lo sucedido, sino como una forma de participación, difusión, educación y comunicación, mediante la refuncionalización de un edificio referencial que promueva la defensa de todos los Derechos Humanos.



Algunos objetivos de la intervención:

- Rescatar los recorridos identificados, según los diferentes testimonios orales recabados por el Archivo Provincial de la Memoria, como Sitios de Memoria.
- Proponer diferentes espacios donde puedan expresarse, a través de actividades, exposiciones, etc., las diferentes luchas actuales de los Movimientos Sociales como un modo de reivindicar las luchas del pasado.
- Crear espacios de trabajo específicos para el desarrollo de actividades de la Comisión de la Memoria y del Archivo de la Memoria: oficinas administrativas, salas de reuniones, depósito de documentos, investigación, consulta, biblioteca, etc.
- Proponer espacios de difusión, promoción y denuncia.
- Proponer espacios de recreación y encuentro, tales como: micro-cine / salón de usos múltiples, cafetería, exposiciones, etc.

Derribando Olvidos

Luego de dos años de investigación, inauguramos el "Museo de Sitio", es decir, el lugar donde la mayor cantidad de los testimonios recopilados hasta hoy reconocen como el espacio en donde los secuestrados fueron detenidos y torturados. Esto corresponde a la primera y segunda de las tres casas que componen este edificio, el cual es intervenido arquitectónicamente con tareas de preservación y señalización.

Se derribaron los muros construidos una vez finalizado el gobierno de facto. Éstos distorsionaban el espacio original del D2, dificultando el reconocimiento del recorrido habitual que los detenidos eran obligados a hacer en este Centro Clandestino de Detención (CCD). Abrir estos muros permitió recuperar la memoria sobre el espacio y sacar de las sombras las historias reprimidas.



Derribando Olvidos

Señalizar y Transformar las Paredes del Horror

La señalización es una tarea compleja ya que el D2 fue usado como lugar de detención desde 1974 hasta 1978. Durante cada uno de esos años el CCD tuvo dinámicas diferentes. Por eso, el trabajo de recopilación de testimonios es fundamental ya que permite aprender con las personas que estuvieron detenidas aquí cómo había sido este lugar.

Capas de Memorias

Los testimonios orales nos permitieron contextualizar y comprender el funcionamiento de este ex CCD, al cruzarlos con los planos originales y comparar sus modificaciones desde el año 77 hasta la actualidad. Pudimos reconocer ciertos espacios de gran valor simbólico que aparecían sucesivamente en los testimonios orales: patios que estaban divididos y cerrados por muros; “el tranvía” (espacio reconocido por los sobrevivientes como el lugar en donde pasaban la mayor cantidad de tiempo); elementos que ya no están, como los bancos de cemento.

Es conocida la práctica de “desdibujar” los espacios para con ello debilitar los testimonios de sobrevivientes y ex detenidos, pero hay innumerables referencias relativas al espacio arquitectónico en los relatos orales: “recuerdo este piso de baldosas negras y blancas, los bancos de cemento, el patio, los escalones...”. Estas son marcas, huellas que son imborrables, por lo tanto el reconocimiento y la posterior señalización de estas marcas fueron una de las premisas más importantes del diseño, para conservar y preservar el sitio según ESE relato, considerando que el reconocimiento del espacio para el ex detenido es importante ya que se convierte en un acto reparador como sujeto de derecho.

Abordar la creación de un Sitio de Memoria se vuelve complejo, y en particular en el edificio de la ex D2 que también guarda memorias en sus muros, memorias de edificios que han sido testigos del accionar represivo desde la época de la colonia. Los espacios contienen una carga de valor simbólico muy alto.

Los criterios que se establecieron para la intervención de puesta en valor, sobretodo de los espacios más significativos, fue la de descubrir, decapar, para luego poder develar todas esas memorias ocultas por tantos años.

Porque las paredes hablan y los espacios se vuelven a reconstruir a través del testimonio, porque las huellas están y son parte de nuestra identidad.

Se realizó un estudio exhaustivo de cada una de las salas, dejando al descubierto paredes, accesos, puertas y ventanas de la construcción original, que estaban cerradas, ocultas. Se reconstruyó el recorrido principal que le obligaban a realizar a los detenidos.

Se trabajó en la preservación de los muros de adobe existentes desde el origen de éstas casonas, en el decapado de las diferentes pinturas que sufrieron los muros de la ex D2 a lo largo de todos estos años, en el desmonte de todos los cielorrasos que cubrían la vista de los techos de madera y bovedillas, y la conservación de los mosaicos originales en todos los patios como un modo de dejar plasmada cada una de las épocas de las que fue testigo el edificio, y de esta manera, devolverle su propia identidad.



Biblioteca de los Libros Prohibidos

Hoy, este ex CCD, es un museo de sitio ubicado exactamente en el mismo lugar. Es decir, no fue creado para ser un museo, sino que el lugar es en sí mismo el museo.

El espacio cuenta con diversos recorridos, guiados a través de testimonios escritos sobre sus muros. Algunas señalizaciones tienen que ver con las sensaciones, la espacialidad, y los lugares por donde pasaron los detenidos. Y otras son especificaciones más técnicas sobre el uso de las oficinas, patios, sótanos, etc.

El centro del museo es la represión cultural, donde se encuentra la Biblioteca de Libros Prohibidos, pensada en principio como temporaria, pero que en función del interés que despertó, las devoluciones que generó, fue creciendo y hoy se ubica en un lugar más amplio. Otras de las muestras permanentes es la sala de "Vidas para ser contadas", donde los familiares, amigos, compañeros, plasman en álbumes, la historia de vida de los desaparecidos.

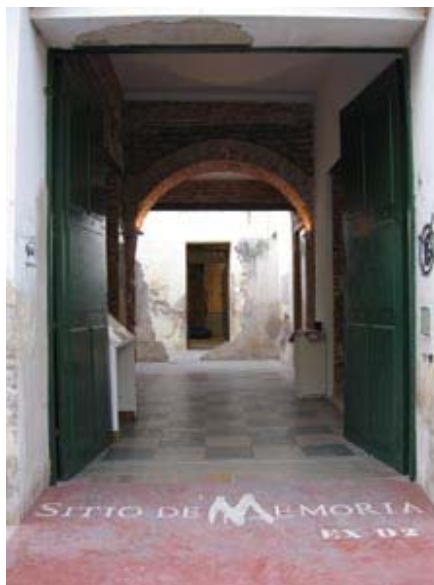
También fue inaugurada una sala de denuncia que llamamos "Sala de Escrache" recuperando la forma de reclamo de justicia de la agrupación HIJOS. En este lugar pretendemos dar visibilidad a los RESPONSABLES de los Crímenes de Lesa Humanidad cometidos en este ex Centro Clandestino de Detención.

Asimismo, se continúa con las refacciones en el espacio que será utilizado para las oficinas de trabajo de las diferentes áreas y actividades de esta institución. Esta obra se realiza en los lugares que no fueron usados de manera sistemática para la detención, la tortura y asesinato de personas, lo cual no significa que en algún momento de la historia algunas personas hayan pasado por allí.



Sala de Vidas para ser Contadas

El trabajo de reconstrucción de estos sitios se realiza de un modo interdisciplinario e interactoral entre todas las personas que componemos los equipos de trabajo de las distintas áreas. Creemos que ésta es la única forma de intercambiar miradas, ideas, informaciones, investigaciones, que luego se puedan plasmar en lo físico a través del espacio y sus envolventes, dando lugar a las memorias en torno a las experiencias límites vividas en este lugar, símbolo del accionar terrorista del Estado en nuestra provincia.



Entrada al Sitio de Memoria

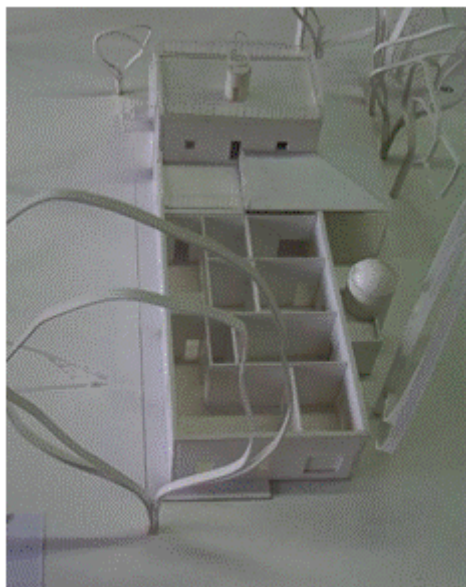
Experiencias de tratamiento de los espacios en sitios recuperados

Alejandra Buzaglo

Hoy, lunes 31 de agosto de 2009, es un día muy importante para los rosarinos. Se inició esta mañana el primer juicio oral por crímenes de lesa humanidad perpetrados durante la dictadura militar en centros clandestinos de Rosario y el Gran Rosario. Serán juzgados 3 militares y 2 agentes civiles. Este día tiene una relevancia fundamental porque se abre una nueva etapa en la larga lucha popular por la memoria y contra todas las formas de impunidad. Este es un día de acompañamiento a querellantes, a familiares y abogados que en una lucha desigual vienen poniéndolo todo contra un aparato de Estado que no ofrece garantías plenas de justicia. No nos olvidamos de Julio López.

El Área en Derechos Humanos de la Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño de la Universidad Nacional de Rosario, creada en el año 2006 y que dirijo desde entonces, ha aportado para estos juicios los planos y maquetas de 5 sitios donde funcionaran Centros Clandestinos de Detención (CCD), hacinamiento y desaparición de personas. La utilización de este tipo de materiales en juicios por delitos de lesa humanidad cometidos durante la última dictadura militar en la Argentina es un hecho inédito.

El Área en Derechos Humanos de la Facultad de Arquitectura viene abordando dos cuestiones íntimamente ligadas a la Memoria: el trabajo sobre los ex Centros Clandestinos de Detención (CCD) y los memoriales. Venimos colaborando con la Justicia Federal a partir de un primer



Maqueta de sector del CCD "La Calamita"

pedido que se hiciera en el año 2005 para el relevamiento y ejecución de una maqueta de "la Calamita" ex centro clandestino de detención, hacinamiento y desaparición de personas que funcionara en el Gran Rosario, específicamente, en la localidad de Granadero Baigorria. Como cuestión recurrente y con la que nos encontramos por primera vez, no existe documentación alguna que registre la existencia de esos edificios. En las oficinas municipales, en catastros de obras públicas o privadas han *desaparecido* también esos documentos. En el edificio de la ex Jefatura de Policía, edificio inventariado como patrimonio arquitectónico de la ciudad y ubicado en pleno centro de Rosario, las reformas edilicias realizadas para el funcionamiento del ex Servicio de Informaciones (que también funcionó como CCD) tampoco están registradas.

El trabajo de reconstrucción tanto de la documentación desaparecida como de parte de los edificios es una tarea que requiere de un trabajo en colaboración entre distintos saberes. En este sentido cobra para nosotros particular importancia el **trabajo colectivo**. Esta necesidad

de un *trabajo en colaboración* aparece ligada al problema de la memoria y refiere a atender a la pregunta por quiénes están socialmente habilitados para seleccionar e interpretar aquellos hechos del pasado que formarán parte de nuestra memoria. Sostenemos que la memoria no es patrimonio de ningún sector y esto no es un enunciado políticamente correcto. Significa para nosotros un trabajo intelectual y una acción que requiere de un gran esfuerzo en el intento de escuchar otras voces y hablar otras lenguas. Y no sólo nos referimos a atender a los saberes provenientes del mundo disciplinario, disciplinado. Nos referimos también a la necesidad de incorporar los saberes al margen de ese mundo y que forman parte de la construcción y de las luchas políticas por la memoria. El hecho de hablar otras lenguas es en realidad positivo. Se trata de un bloqueo necesario que nos recuerda que “nosotros”- ya sea desde nuestras diferentes disciplinas o desde cualquiera de nuestras diferencias- no nos comprendemos de manera simple o sin problemas. La propuesta es que trabajemos desde esa premisa -que no nos comprendemos mutuamente- y reconozcamos que cada esfuerzo en esa dirección necesita dirigirse en contra de nociones de acceso fácil, en términos de descifrabilidad y traductibilidad.

Nos preguntamos por la posibilidad de algún tipo de legitimación social de acciones de memoria a partir de determinadas prácticas sociales. Esto se liga a cuestiones muy concretas: nos inquietan señalizaciones que son atacadas, destruidas por motivos diversos y complejos, que no cabe en este momento analizar, pero también otro fenómeno que resulta más preocupante y es la indiferencia. En oportunidad de compartir distintas experiencias a lo largo de nuestro país, hemos relevado que existen diversos espacios, sitios recuperados por familiares, organismos de derechos humanos, que son aceptados por el resto de la sociedad pero con distancia. Hay una construcción identitaria recurrente: “ellos, los de derechos humanos y nosotros”. Entonces, ¿A quiénes les conciernen los temas vinculados a memoria?, ¿cómo interesar a sectores más amplios de la sociedad en las acciones de memoria?. La preocupación por atender a estos fenómenos se enlaza con la pregunta por la posibilidad de legitimación social de las acciones de memoria.

Releemos entonces a Elizabeth Jelin cuando nos plantea que “Las interpretaciones y explicaciones del pasado, como manifestaciones de posturas y luchas políticas por la memoria, no pueden ser transmitidas automáticamente de una generación a otra, de un período a otro. Para hacerlo hay al menos dos requisitos: el primero, crear las bases para un proceso de identificación, para una ampliación intergeneracional del nosotros. El segundo, dejar abierta la posibilidad de que quienes reciben les den su propio sentido, reinterpreten, resignifiquen y no que repitan o memoricen. De hecho, en cuanto se incorpora el nivel de la subjetividad, no hay manera de obturar reinterpretaciones, resignificaciones, relecturas. Porque la misma historia, la misma verdad, cobra sentidos diversos en contextos diferentes. Y la sucesión de cohortes o generaciones implica, irremediabilmente, la creación de nuevos contextos”.

Ahora bien, ¿Cómo abordamos esto los constructores de espacios, los artistas, arquitectos, los que dejamos huellas, marcas físicas en las ciudades?

Aquí aparece otro tipo de trabajos que aborda el Área en Derechos Humanos y es la reflexión y las propuestas para memoriales. Resulta interesante la noción de “**antimonumento**”. El grupo de artistas y pensadores que desarrollan este concepto plantean que la rigidez tradicional de los monumentos en realidad promueve el olvido, tranquiliza las ansiedades por los reclamos de memoria y finalmente la congelan en un objeto cuyas pretensiones de permanencia lo condenan a la indiferencia. Horst Hoheisel es uno de los representantes de este pensamiento y

ha colaborado con el Área en Derechos Humanos en sus dos visitas a Rosario.

Es preciso entender que los monumentos son piezas de la ciudad planificada. La ciudad planificada es la ciudad de los recorridos preestablecidos y las experiencias pre-pensadas. Dice Pablo Sztulwark, "los monumentos son piezas claves de la memoria histórica, nos hacen recordar por repetición". Este "nos hacen" remite precisamente a la experiencia pre-pensada por alguien: "el Autor". Autor y Obra, este último concepto se arrastra desde la antigüedad: Obra- opus. La idea de monumento aparece equiparada a la de Obra así como también el vínculo que se establece con quien se encuentra con ella. Aquí es posible hacer un enlace con Roland Barthes y el desarrollo que propone sobre las categorías de *Obra* y *Autor* en "De la Obra al Texto". Recordarán que: la Obra, dice Barthes, tiene un único sentido posible, un significado, lo que "el Autor quiere decir". Barthes nos dice que hay una actividad del sujeto, que es una categoría central de la modernidad, frente a la obra literaria. Nos dice que en el nacimiento del lector, que se paga con la muerte del autor, hay un trabajo, una producción en eso que él llama la lectura "levantando la cabeza". Podríamos relevar que esa actividad del lector en el texto literario es una característica de la relación sujeto-obra de arte en general en la modernidad. Se trata de una actividad que pone en marcha la subjetividad, es el sujeto el que establece las significaciones en este tejido de redes con *los mil focos de la cultura*. Aquí se abriría otra cuestión ligada al rol del Estado: ¿Qué pasa cuando es el Estado el que asume el rol de "Autor"?; ese es otro tema que ha sido largamente tratado pero que no quería dejar de mencionar.

Ahora bien, ¿Es posible que el sujeto ingrese a la obra de arte?, ¿de qué modo puede participar, in-corporarse?

Por esta época que transitamos, el auge de las tecnologías de la comunicación y de la información incide de manera fundamental en la conformación de procesos contemporáneos de subjetivación. Sería interesante reflexionar respecto del sujeto posmoderno y su progresivo devenir en espectador pasivo. Ese *devenir* refiere a un espectador educado para ser pasivo: mira y su actividad se limita a apretar el botón del control remoto, no promueve nada, a lo sumo consume. Esto nos llevaría a otro tema, también ligado a las acciones que proponemos y es el tema del **cuerpo**: su posibilidad de fragmentación, su vaciamiento, las prótesis, la hibridación sujeto-máquina, el cuerpo sin órganos, que son sólo algunos de los tópicos que se pliegan y despliegan en torno al tema.

Nos proponemos romper con esa pasividad, salirnos del rol de espectadores y comprometer también al cuerpo en las acciones. Esto se emparenta con las **performance**, o también llamado en Latinoamérica arte de acción, que se abre como un campo emergente para nuevas intervenciones artísticas y académicas. Las performances funcionan como actos vitales de transferencia, transmitiendo saber social, memoria. Como práctica in-corporada, de manera conjunta con diversos discursos culturales, ofrece una determinada forma de conocimiento. Se trata de un fenómeno simultáneamente "real" y "construido". Su carácter efímero, posibilita otras experiencias, su reproducción a partir de otros registros tales como el "de boca en boca" aceptando que ninguna forma de documentación o reproducción captura lo "en vivo", a lo sumo, produce nuevos materiales para la reflexión.

Esto se vincula necesariamente al concepto de **representación**, que evoca un quiebre entre lo "real" y su "representación", que la noción de performance ha complicado productivamente. Hay cierto conflicto en torno a la representación en tanto distorsión que anhela una presencia

no mediada. La representación de algún modo eclipsa la cosa. Es interesante, y a la vez llamativa, la convergencia en la crítica de la idea de representación, que aparece retomada hoy desde perspectivas insospechadas, de personajes con trayectorias personales, ideológicas, filosóficas disímiles como Carl Schmitt, Walter Benjamín o Martin Heidegger. Estos últimos, además, con una interesante reflexión respecto del lugar que ocupa la técnica y cierta pérdida del aura de la obra, de su aquí y ahora en *la época de la reproductibilidad técnica*. Benjamin hace alusión al cine, a la cámara que suplanta al ojo, a las mediaciones, a los aparatos que ocupan el lugar del público. Propone, además, una cuestión interesante que es la politización del arte frente a la estetización de la política o el arte por el arte de la propuesta liberal. Heidegger critica la representación en tanto olvido del ser: se trataría de una metafísica que encuentra en la técnica su fundamento, conocimiento y fundamento como *tekné*. Cuestión altamente debatida hoy en el campo de la Arquitectura.

Ahora bien, ¿tiene consistencia ontológica la **memoria**? Podríamos decir que el psicoanálisis es una teoría sobre la memoria, pero ¿tiene materialidad, materia la memoria? Henri Bergson nos habla de dos tipos de memoria. La memoria técnica o constructiva, que se basa en la repetición y hábitos motores y la memoria vital, que revive un acontecimiento pasado en su originalidad única.

En el trabajo colectivo, participativo, performativo, encontramos algunas claves con las que hemos venido trabajando en ese sentido. El trabajo hormiga, el “de boca en boca”, lo que se transmite a partir de una experiencia. El memorial en Cafferatta y Ayolas en la ciudad de Rosario es un intento de dar respuesta a estas preocupaciones en torno a los memoriales y a las marcas en la ciudad, que es ella toda portadora de información. Recuperar sitios más anónimos, más cotidianos también es una manera de abrir a las memorias.



Memorial Urbano en Cafferatta y Ayolas

Algunas experiencias del programa Topografía de la Memoria de Memoria Abierta

Gonzalo Conte

En una breve referencia introductoria de Memoria Abierta, podemos decir que esta organización no gubernamental reúne, organiza y difunde el acervo documental de organizaciones de derechos humanos y de otros archivos personales e institucionales vinculados al terrorismo de Estado. Produce testimonios sobre la vida social y política de los años 60 y 70 y trabaja sobre la memoria territorial y espacial del período de violencia política en la Argentina.

La idea hoy es hablarles de los lugares de memoria en sitios que fueron Centros Clandestinos de Detención (CCD). Y para hacerlo voy a mostrarles algunos proyectos desarrollados por el programa Topografía de la Memoria.

Topografía de la Memoria es uno de los cuatro programas de Memoria Abierta. De hecho, fue el tercer programa en conformarse y aún sigue modelando su sentido, alcance y objetivos. En estos años hemos desarrollado algunas acciones y trabajos de memoria del territorio y de los espacios del terrorismo de Estado.

Por lo tanto relevamos, sistematizamos y producimos documentación sobre sitios, edificios y espacios que fueron utilizados como lugares de detención transitoria, Centros Clandestinos de Detención, así como espacios de homenaje y recordación.

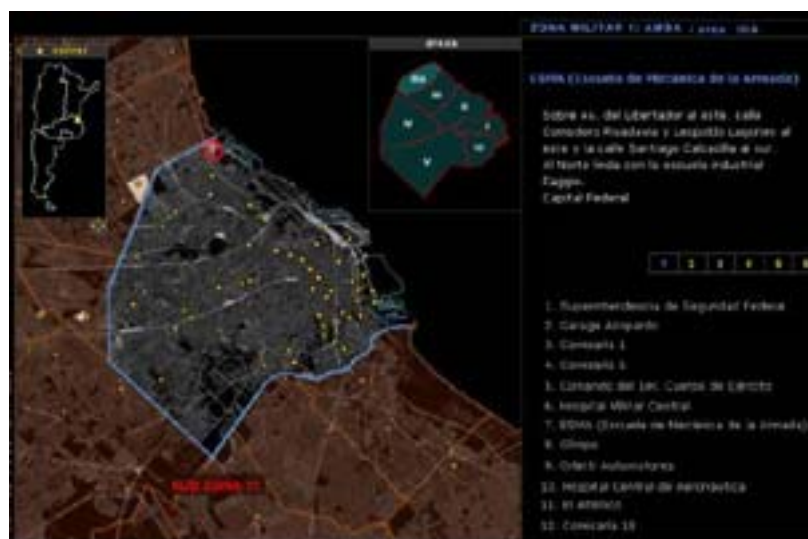
Se trata de conocer esos lugares y brindar herramientas para explotar sus potencialidades para la memoria colectiva.

Mapa de lugares de detención transitoria y Centros Clandestinos de Detención



El primer proyecto estructurante de este programa es el Mapa de lugares de detención transitoria y Centros Clandestinos de Detención. Este mapa, en permanente desarrollo, iniciado en 2004, pretende ser una herramienta de conocimiento e interpretación de los espacios fundamentales de la implementación del terrorismo de Estado.

Basado en acercamientos cartográficos y en una interactividad simple, cada sitio con su nombre es localizado con los datos sobre su dependencia, de acuerdo con la división en zonas, subzonas y áreas mediante las cuales las Fuerzas Armadas organizaron geográficamente la represión clandestina.



También consta su período de funcionamiento, los nombres de los represores y, en algunas ciudades de mayor concentración, una fotografía.



El mapa nos permite también ingresar a otras fuentes documentales que contienen fragmentos de textos y testimonios que abordan temas referidos a la represión como política institucional de las Fuerzas Armadas, las características del sistema represivo, el cautiverio, la resistencia y la actitud de la sociedad, los miedos, la participación y la complicidad.



CD Centro Clandestino de Detención El Vesubio



En el otro extremo de esta visión macro, el desarrollo del CD interactivo *Centro Clandestino de Detención El Vesubio* –un CCD que fue demolido– intenta reconstruir, mediante testimonios y reconstrucciones virtuales, las características del sitio por dentro.



Percepciones y relatos de sobrevivientes que juntos y asistidos por profesionales arquitectos desarrollaron una ambientación animada que con mesura acompaña y, en un segundo plano, es el soporte visual de los testimonios de algunos hechos vividos en el sitio.



Por lo tanto se trata de la búsqueda de una estética de la memoria del sitio. También es representación de ese pasado traumático donde se relatan las experiencias del secuestro, la llegada al sitio, la tortura y el cautiverio.



Completan este trabajo cien documentos que relatan la luchas por la historia y los listados de víctimas y represores.

En el caso de la realización del CD *Centro Clandestino de Detención El Vesubio* fue fundamental el aporte de la investigación realizada por la Comisión de familiares, ex detenidos desaparecidos y compañeros del CCD El Vesubio y Protopancho.

Este trabajo ha sido presentado, solicitado e incorporado en diferentes procesos judiciales.

Inspecciones Judiciales



Memoria Abierta contribuye de diferentes formas a los procesos judiciales. El programa Topografía de la Memoria interviene puntualmente en las inspecciones judiciales, instancia en la que el juez y los testigos en la etapa de instrucción de un proceso judicial recorren el sitio que fuera centro clandestino con el objetivo de verificar su reconocimiento.



En este paso fundamental y reparatorio para las víctimas se elabora un acta escrita que sintetiza lo ocurrido. Aquí otra vez aparece la posibilidad de intervenir sobre cada uno de los segmentos del texto, abriendo la visualización de los fragmentos filmados de esos momentos donde el testigo vuelve al espacio y lo reconoce.

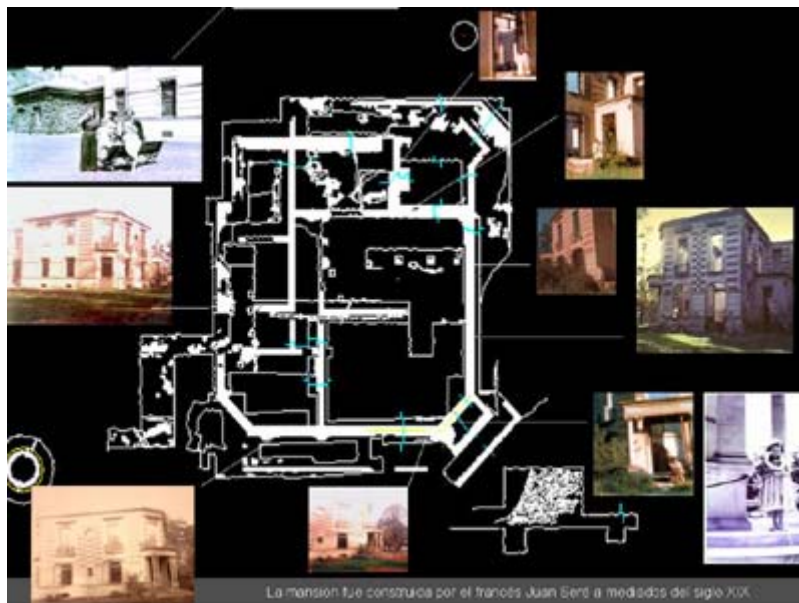
El texto se convierte en imágenes de los testigos reconociendo el sitio. Simultáneamente fotografías y plantas de arquitectura ayudan a ubicar el recorrido realizado durante la inspección judicial.

Todos estos componentes, combinados entre sí, conforman el registro judicial audiovisual que propone una representación del acto jurídico, rica en la expresividad de las imágenes, el sonido y, fundamentalmente, consolidando a la vez su capacidad de prueba.



A solicitud de juzgados, Memoria Abierta ha realizado desde el año 2006 los siguientes registros judiciales audiovisuales de las inspecciones a los Centros Clandestinos de Detención: Comisaría 1ª de Monte Grande, Automotores Orletti, Mansión Seré, Base Naval Puerto Belgrano, Base de Infantería de Marina Baterías, Sheraton, Regimiento de La Tablada, Coordinación Federal, Hospital Posadas, Comisaría 3ª de Castelar, Comisaría 2ª de Haedo, Brigada Aérea El Palomar y la Brigada Aérea VII de Morón.

Mansión Seré



El trabajo que veremos a continuación tiene una vinculación más directa con la arquitectura en términos de diseño de espacios de memoria.

La vinculación del programa con el Centro Clandestino de Detención Mansión Seré, en el partido de Morón de la provincia de Buenos Aires, se inició a través de una asesoría técnica de

arquitectura. La contribución creció paralelamente a la conformación del espacio promotor integrado por sobrevivientes, organismos de derechos humanos y vecinos y es impulsado por el Municipio y su Dirección de Derechos Humanos.

En el predio de 3 hectáreas, que ocupaba la Mansión Seré y sus jardines, el Municipio instaló hace muchos años una infraestructura para realizar actividades deportivas y culturales. El sitio, demolido previamente, fue literalmente borrado bajo una canchita de fútbol.

Hoy, luego de la implementación de un proyecto arqueológico antropológico de recuperación de los muros de cimientos y sótanos, el sitio adquirió una nueva visibilidad. Este paso contribuyó al ordenamiento de los objetivos y actividades sostenidas a lo largo del tiempo estableciendo prioridades, ajustadas siempre a las posibilidades presupuestarias.

El primer paso fue trasladar la sede de la Dirección de Derechos Humanos a una edificación preexistente a poca distancia del sitio, al mismo tiempo que la visibilidad de la excavación se concretaba lentamente.

Luego de la intervención, al proporcionarle al sitio la cáscara envolvente que hoy lo contiene, el espacio adquirió una identidad nueva como sitio recuperado.

El proyecto arquitectónico que encaramos consistió en asistir el proceso de excavación desde los replanteos hasta la identificación y reconocimiento de material extraído, la resolución de las cubiertas de grandes luces del sitio, los bordes o límites de la intervención, el recorrido interno de la excavación, el laboratorio, las salas y los servicios.



En el programa de necesidades y en las definiciones formales de proyecto participaron algunos arquitectos que aportaron sus ideas. Luego con un equipo mas reducido integrado por miembros del equipo de arqueólogos y antropólogos, la Dirección de Derechos Humanos y el Área de Planeamiento del Municipio, intervinimos en la documentación y supervisión de las obras licitadas. Hoy se ha completado el proceso licitatorio de la segunda etapa.

Paseo de los Derechos Humanos

El Paseo de los Derechos Humanos es un viejo proyecto de uno de los organismos de derechos humanos que conforman Memoria Abierta, la Fundación Memoria Histórica y Social Argentina.

Luego de una persistente y prolongada gestión acompañada por Memoria Abierta, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires comenzó, en 2007, la construcción de este espacio público de 6 hectáreas dentro del Parque Indo-americano, al sur de la Ciudad de Buenos Aires.

Se trata de un bosque conformado por veinte pequeños montes donde diversos grupos homenajean a compañeros desaparecidos de colegios secundarios, facultades de la Universidad, colectividades, nacionalidades y trabajadores de distintos gremios y actividades. Cada grupo elige su monte de una especie autóctona y en una pequeña plaza coloca su homenaje con el listado de los desaparecidos. Un recorrido sinuoso recorre los montes en forma de Paseo y al llegar al centro del predio, un playón de grandes dimensiones propone el homenaje a todas las víctimas del terrorismo de Estado.

Este intento de identificar las partes y el todo al mismo tiempo y en un mismo espacio, nos muestra la diversidad de la memoria colectiva en la que nos reconocemos y de la cual somos parte.



Sobre los expositores

Memoria y Ciudad: la transformación de espacios urbanos

Pablo Sztulwark es arquitecto. Desarrolla su actividad profesional desde 1973, obteniendo distintos premios por proyectos y obras de su autoría. Actualmente es titular del estudio NE3 Arquitectos. Fue jurado en distintos concursos y en la bienal de arquitectura SCACPAU de 2006. Es profesor titular regular del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y profesor de posgrado en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA. Publicó artículos en revistas de arquitectura y cultura, y participó en libros como *Crítica del testimonio* y *Espacio-Tiempo, pensamientos practicados*, entre otros. En 2004 publicó *Arquitectura plus de sentido*, junto a Ignacio Lewcowicz y en 2009 *Ficciones de lo Habitar*.

Adrián Gorelik nació en Mercedes, Buenos Aires, en 1957. Es arquitecto y doctor en historia (ambos títulos por la Universidad de Buenos Aires). Es profesor de la Universidad Nacional de Quilmes e Investigador del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). Su área de investigación es la historia cultural urbana. Es miembro del consejo de dirección de *Prismas. Revista de Historia Intelectual* y fue subdirector de la revista *Punto de Vista*. Obtuvo la Beca Guggenheim (2003) y ha sido Visiting Professor en el Centre of Latin American Studies de la Universidad de Cambridge (2002) y en la Graduate School of Design, Harvard University (2005). Entre otros libros, publicó *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires* (1998); *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana* (2004) y *Das vanguardas a Brasília. Cidade e arquitetura em América Latina* (2005).

Gonzalo Cáceres Quiero es historiador y magister en desarrollo urbano. Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile, desarrolla actualmente su investigación doctoral sobre Políticas disgregativas en el Santiago revulsivo de los largos 60. Durante el 2008 y en calidad de académico del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (ex CIDU), coordinó e integró el equipo de investigación proyectual que obtuvo el primer lugar del Concurso de Anteproyecto e Intervención y Puesta en Valor del Monumento Histórico Patio 29 del Cementerio General de Santiago de Chile.

Monumentos: una forma de memorialización de la ciudad

Gustavo Nielsen nació en Buenos Aires, Argentina, en 1962. Es arquitecto y tiene un estudio de Arquitectura en el barrio de Chacarita. Como escritor ha ganado el Premio Municipal de Literatura y la Primera Bienal de Arte Joven, entre otros galardones. Sus cuentos figuran en antologías de Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Venezuela, Alemania, México y España, y en varias revistas y periódicos del país y del exterior. Publicó las novelas *La flor azteca* (Editorial Planeta, 1997), *El amor enfermo* (Alfaguara, 2000), *Los monstruos del riachuelo* (junto a Ana María Shua, Alfaguara Juvenil, 2001) y *Auschwitz* (Alfaguara, 2004). Y los libros de cuentos *Playa quemada* (Alfaguara, 1994), *Marvisn* (Alfaguara, 2003), *Adiós, Bob* (Klitzkowski Publisher, 2006) y *La fe ciega* (Páginas de Espuma, 2008).

Alberto Varas es Arquitecto y profesor de Arquitectura y Proyecto Urbano de la Universidad de Buenos Aires y profesor del Programa de Doctorado de la misma Universidad. Es titular del Estudio Alberto Varas & Asociados / Arquitectos de Buenos Aires y socio fundador del Grupo VOV establecido en La Coruña, España en 2002. Fue Director del Laboratorio de Arquitectura Metropolitana y Urbanismo de la Universidad de Palermo entre 1995 y 2000. Fue conferencista y Profesor Visitante en instituciones y universidades extranjeras (Universidad de Harvard, Universidad de San Pablo, Politécnico de Milán, Universidad Técnica y Academia de Bellas Artes de Viena, Ayuntamiento de Madrid, Sociedad Colombiana de Arquitectos). Proyectó numerosas obras construidas y obtuvo premios en concursos que han sido publicados en Argentina y el exterior. Entre 1990 y 2008 obtuvo cinco veces el 1er Premio en el Premio Anual o Bienal de Arquitectura SCA / CPAU. La Bienal de Arquitectura de Quito le otorgó su Mención de Honor Internacional en 2002 por la Plaza de Acceso al Parque de la Memoria en Ciudad Universitaria. En 1998 obtuvo el Premio Vitrubio a la trayectoria otorgado por el Museo Nacional de Bellas Artes. En 2002, el Premio Konex por su contribución a la arquitectura en el quinquenio 1992-97 y en 2003 el Primer Premio a la Mejor Intervención en el Patrimonio Construido por la Estación Terminal de Retiro. Es autor de numerosos artículos y libros de su especialidad, entre ellos *Buenos Aires Metrópolis* (1997), *Buenos Aires Natural + Artificial* (2000) y *Buenos Aires, una trilogía metropolitana* (2006).

Experiencias de tratamiento de los espacios en sitios recuperados

Natalia Ferrero es arquitecta egresada de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Córdoba. Realizó su tesis de grado mediante un proyecto de intervención en el Centro de Participación por los Derechos Humanos de la ex cárcel del Buen Pastor. En 2007 participó del proyecto colectivo de señalización del ex Centro de Clandestino de Detención "ex D2" y del relevamiento físico del edificio. Desde 2008 trabaja en el Área de Sitios de Memoria para el Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, realizando con el resto de las áreas del Archivo diversas intervenciones: proyecto general de refuncionalización del edificio para la Sede de la Comisión de la Memoria y las áreas de trabajo del Archivo Provincial de la Memoria; señalización del Sitio de Memoria Centro Clandestino de Detención "ex D2"; intervención en el diseño colectivo de un "espacio recreativo" dentro del predio del ex Centro Clandestino de Detención Campo de la Ribera. Actualmente se encuentra diseñando el nuevo edificio para el espacio definitivo de los archivos de documentos encontrados en las Comisaría de Córdoba. Participó de diversas exposiciones y seminarios: "Encuentro de la Red Federal de Sitios de Memoria"; "Núcleo de Memoria"; "Investigación y Sitios de Memoria"; "Arquitectura para la Memoria".

Camila Iglesias es arquitecta egresada de la Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Diseño de la Universidad Nacional de Córdoba. En 2007 participó en el proyecto colectivo de señalización del ex Centro de Clandestino de Detención "EX D2" y del relevamiento físico del edificio donde funcionó. En 2008 ingresó en el Área de Sitios de Memoria para el Archivo Provincial de la Memoria de Córdoba, realizando con el resto de las áreas del Archivo diversas intervenciones: proyecto general de refuncionalización del edificio para la Sede de la Comisión de la Memoria y las áreas de trabajo del Archivo Provincial de la Memoria; señalización del Sitio de Memoria (Centro Clandestino de Detención) "ex D2"; intervención en el diseño colectivo de un "espacio recreativo" dentro del predio del ex Centro Clandestino de Detención Campo de la Ribera. Actualmente se encuentra diseñando el nuevo edificio para el espacio definitivo de los archivos de documentos encontrados en las Comisaría de Córdoba. Participó de diversas exposiciones y seminarios: "Jornadas de Educación y Memoria"; "Encuentro de la Red Federal de Sitios de Memoria"; "Núcleo de Memoria"; "Investigación y Sitios de Memoria"; "Arquitectura para la Memoria".

Alejandra Buzaglo es arquitecta. Docente por concurso del Proyecto Arquitectónico en la Facultad de Arquitectura, Planeamiento y Diseño (FAPyD), de la Universidad Nacional de Rosario (UNR) desde 1996. Actualmente cursa el Doctorado en Arquitectura y la carrera de Filosofía en la UNR. Dictó Cursos de Posgrado en la UNR sobre el Proyecto del Paisaje y se desempeñó como docente del Curso para Ingresantes en la FAPyD en la misma universidad. Es investigadora de la UNR desde 1999. Publicó trabajos de investigación, ensayos y obras construidas en revistas y libros especializados. Presentó ponencias, coordinó mesas y disertó en congresos nacionales e internacionales. Realizó numerosas obras y proyectos (www.viubuzaglo.com.ar). Participó en diversos concursos públicos y privados de proyecto y obtuvo distintos premios. Es miembro del cuerpo de jurados del Colegio de Arquitectos de Rosario. Desde 2005 colabora con el Juzgado Federal N° 4 y el Tribunal Oral de Rosario en causas por violaciones a los derechos humanos. Participó en obras, de diverso grado de efimeridad, en homenaje a militantes populares desaparecidos. Desde el año 2006 dirige el Área en Derechos Humanos en la FAPyD de la UNR.

Gonzalo Conte es arquitecto egresado de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Entre 1984 y 1991 se desempeñó como docente de Diseño Arquitectónico en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la UBA. Entre 2001 y 2004 fue asesor técnico de la Comisión Pro-Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado. Desde el año 2004 coordina el programa Topografía de la Memoria de Memoria Abierta. Este área trabaja para construir una base de datos pública sobre sitios urbanos relacionados con el terrorismo de Estado y asiste a sitios vinculados con la recuperación de Centros Clandestinos de Detención y otros espacios de represión y resistencia. A su vez, contribuye a la reflexión sobre qué historia queremos contar y cómo queremos hacerlo.

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de:

Coalición Internacional de Sitios de Conciencia

Embajada de Sudáfrica en Argentina

Embajada de Argentina en Sudáfrica

Realización: Memoria Abierta.

Edición de textos: Jonathan Aarón Soria.

Diseño gráfico: Liora Gornel.

Arte de tapa: Gonzalo Conte.

Traducción de textos al inglés: Nadia Volonté, Embajada de Sudáfrica en Argentina.